

Revista Oopart.

Edición No. 3

Rutina

Sello editorial
Juguete Rabioso



www.revistaoopart.com



Director y diseño

Juan David Jiménez Rodríguez

Escritores

Nelson Leandro Martínez Mora
Robinson Montañez Rodríguez
Nicolás Sebastián Moya Guevara
Omar Giovany Moreno Torres
Lina Paola Moreno Silva
Majo Gómez

Agradecimientos

Camilo Ospina
Juan Pablo Romero
Luisa Rincón
Jonathan Molano
Majo Gómez

Editorial

Me gustaría iniciar esta tercera edición de *Oopart* realizando una aclaración. Cuando decidimos abordar los temas de la rutina, el tiempo o el trabajo, no se hizo ninguna propuesta sobre el estilo que utilizaríamos para desarrollar nuestros textos. Hoy, luego de haber culminado el trabajo de edición me doy cuenta que es este, tal vez, el número en el que encontrarán más referencias a nuestro pasado, a nuestras vidas y experiencias personales. De cierta forma este tema despertó en los escritores un interés por el relato y la anécdota. Entonces recuerdo a Faulkner:

I give you the mausoleum of all hope and desire...I give it to you not that you may remember time, but that you might forget it now and then for a moment and not spend all of your breath trying to conquer it.

Y sonrío porque cada uno de nosotros sin quererlo recordó lo que alguna vez quiso ser o que aún está construyendo, siempre contracorriente del río que nos arrebata: el tiempo. Y sigo sonriendo porque es *Oopart* el *mausoleo de toda esperanza y deseo*, dándonos la oportunidad de homenajear a todos esos días que han llegado a ser iguales al anterior y al que sigue en medio del trabajo. ¡Pues qué difícil es vivir de escribir, de leer, de ver películas, de practicar un deporte, de pintar, dibujar, cantar, cocinar, pensar, jugar, soñar!

Así como escribir nos hizo recordar, me encantaría que a ustedes, queridos lectores, acercarse a los siguientes textos los invite a pensar en la forma en que gastan o viven sus días. Y es que para seguir sumando, esta edición está acompañada de los maravillosos poemas que recibimos, disfrútenlos y luego, a trabajar.

Juan David Jiménez



Contenido

	Pag.
Crónica de una vida no anunciada	1
Concurso de poesía M.M. Carranza	5
Fluorescent adolescent	10
Antología de Call Center	15
L'orgueil	22
Enloquecer es la solución	28
La impotencia reflejada en la ternura	32
Una pesadilla colombiana de la que queremos despertar	36
El trabajo soñado no es para todos	40

A black and white photograph of William Faulkner. He is seated, facing right, with his eyes closed. He has a thoughtful expression and is smoking a pipe. He is wearing a patterned jacket over a light-colored shirt. In the foreground, a portion of a typewriter is visible on the left, and a stack of papers or books is on the right. The background shows a window with trees outside.

Lo más triste es
que la única
cosa que se
puede hacer
durante ocho
horas al día es
trabajar.

William Faulkner

Crónica de una vida no anunciada

Omar Giovany Moreno Torres

*"No me pregunten quién soy, ni
me pidan que siga siendo el
mismo"*

Michel Foucault

En el 2008, año de la crisis económica mundial, y con 17 años, tuve mi primera experiencia laboral. Fue en un restaurante de comida colombiana (vivía en el extranjero). Era una experiencia completamente nueva para mí, no me imaginaba algo semejante en otro tiempo y, obviamente, no fue para nada agradable. Duré cuatro horas y me fui, pensando que era el tiempo que me correspondía acorde a lo pactado, al día siguiente me dijeron que debía estar hasta que se me permitiera irme. Pedí disculpas, recibí el pago de las horas trabajadas y me fui.

En mi primera experiencia laboral había visto a las personas con las cuales

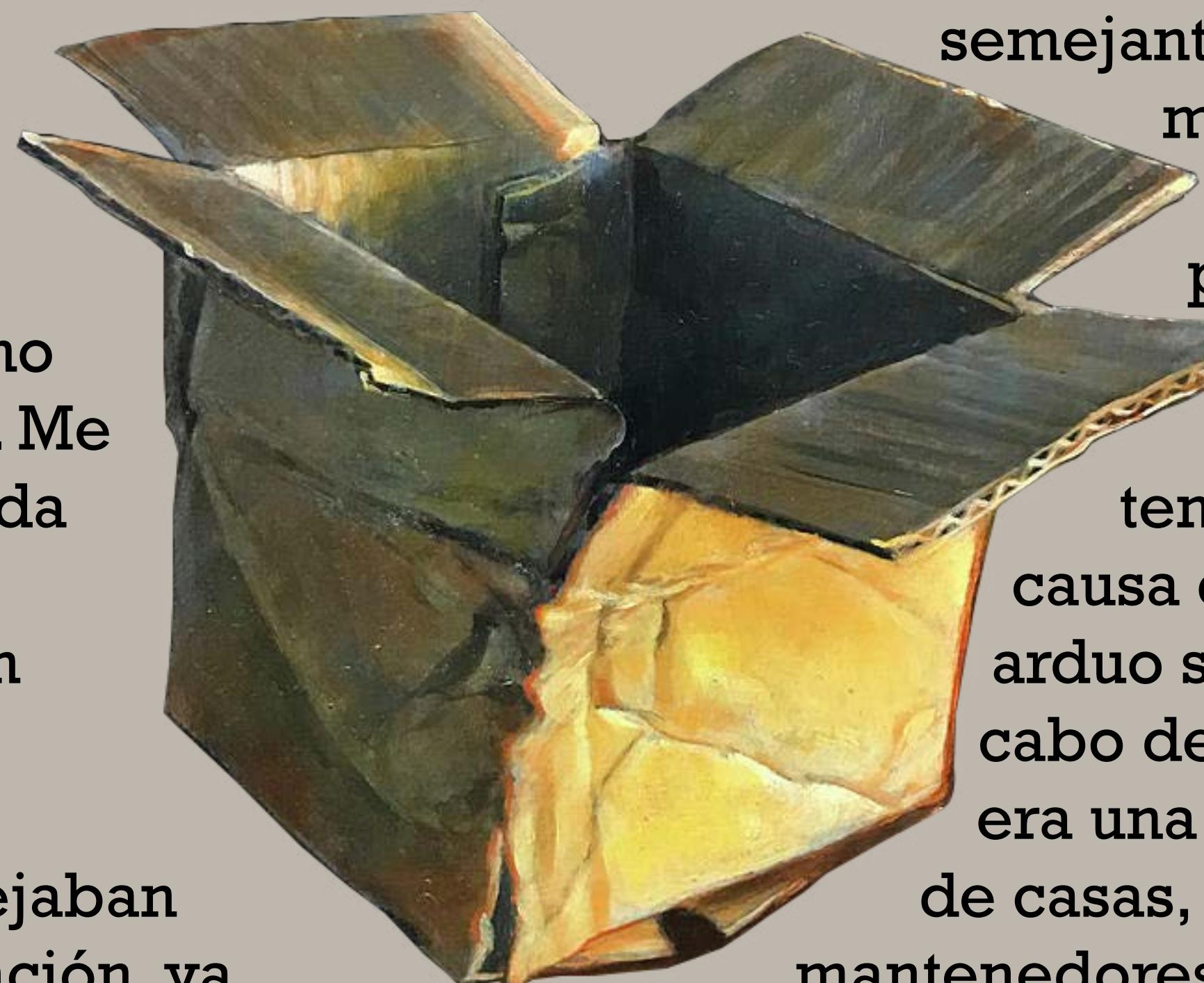
trabajaba. Les costaba mucho pensar que alguien no tenía la más mínima noción de trabajo ante ellos, era un fenómeno en un mundo de gente trabajadora.

Eventualmente adquirí un trabajo en una agencia de empleo temporal, nuevamente me rodeaba de gente con experiencia en la vida, mientras que yo daba cada paso pensándolo dos veces. Estaba terriblemente alertado de cada cosa, cada hecho, y cada persona. Lo que en cualquier otro contexto parecía algo tan común, en la hora de trabajar era como descubrir un nuevo elemento. Recuerdo a un supervisor de raza negra saludarme todas las mañanas con tanta cordialidad, me decía "how are you doing?", lo que yo

entendía como yoyayuyuin. Vergonzosamente tenía que pedirle que me repitiera hasta tres veces, para luego escuchar en un español esforzado y ya molesto “¿Cómo esta?”, a lo que yo inocentemente respondía con jovialidad que bien y que muchas gracias, y luego inmediatamente me daba un deber para realizar.

En lo que movía cajas y contaba con tanta ansiedad -demasiada ansiedad- los minutos, los compañeros que tenía cerca me hablaban, lo cual me parecía una mezcla entre agua en medio del desierto, y un ladrón próximo a acecharme en un callejón. Me preguntaban cosas de mi vida para conocerme, preguntas clásicas de cajón que suelen surgir en los ambientes laborales de agencias de empleo; también me aconsejaban no trabajar con tanta dedicación, ya que el supervisor vería eso y generaría una expectativa a partir de ello. Las caras que veía en los trayectos rutinarios entre la agencia y los lugares de trabajo serían las mismas que me toparía en mis tiempos libres caminando por la calle principal de la ciudad donde vivía. Al principio resultaba toda una sorpresa, pensaba que conocía mucha gente y compartíamos espacios y tiempos similares.

En el año 2014 había vivido ya en por lo menos seis lugares diferentes desde que llegué como migrante. Había vivido como nunca antes lo había hecho, mientras antes me movía de A hacia B sin preguntar, ahora conocía los movimientos políticos, económicos, sociales y culturales de los entornos que me rodeaban. Ya podía expresarme más fácilmente



en inglés. Miraba hacia atrás con pesar de los años perdidos y gastaba igual que como ganaba. Estaba muy animado por distintos pasatiempos, entre ellos la música. Habían cambiado tantas cosas, excepto por una que siempre se mantenía presente: La gente de la calle principal parecía la misma; la misma expresión facial, la misma hora, la misma ropa, y hasta los mismos lugares para comprar la misma comida. Me horrorizaba imaginarme una vida semejante y procuraba hacer de cada momento único. No obstante, también entendía que en el país de las oportunidades muchos llegaban a explotar el recurso que tenían a su disposición para una causa que justificaba los años de arduo sacrificio. De manera que al cabo de los años la gente cuya vida era una completa rutina eran dueños de casas, o negocios en otras partes, o mantenedores de familias en condiciones de necesidad. Aún así, no concebía una vida similar para mí.

El conde de montecristo dedicó la oportunidad que tuvo en su vida para conseguir venganza, y así hacer de sí una trascendencia. Jerry Rivas del Gran Combo de Puerto Rico se levanta por la mañana, se da un baño y se perfuma, se come un buen desayuno y no hace más na'. Darnell abandonó todo, cansado de su vida de rutina para explorar y encontrar un nuevo mundo de forma transparente en las mismas calles donde habitaba. El comandante Sheppard se convirtió en espectro y dedicó su vida y sus esfuerzos para salvar al universo. Y Bruce Wayne perdió a sus padres y se convirtió en un vigilante que combate el crimen en ciudad Gótica. Así pues, ¿Para qué es entonces

la vida del resto de nosotros?

En el año 2015 ya estaba trabajando en un lugar definido, con espacios y tiempos delimitados y una rutina para esperar el siguiente fin de semana. Conocí el dilema filosófico de Cristian entre matistas y suavitas, es decir, los que se mataban trabajando cerca de 12 horas diarias sin tener una consideración por la libertad y sus vidas; y nosotros, que veíamos el trabajo como algo ajeno, aunque necesario. Sobre esto podría hacer un manifiesto que se llame matistología, y el consejo de los suavistas -idea original de Cristian-. Había conocido a místico, otro fenómeno en el mundo de la gente trabajadora por sus extravagancias y su capacidad resiliente para no ahogarse en el océano de la rutina.

En el año 2017 volví a Polombia y entré a trabajar a un call center, cosa que temía profundamente y que no concebía, a pesar de ser un hecho inminente para alguien como yo. Al cabo de un año no podía tolerar más escuchar a Metallica, a Epica, y todas las mismas canciones que podían sonar hasta tres veces en un día en el lugar de trabajo; me reduje a un grupo determinado de personas; me amarré a deudas que no necesitaba -tenía otras similares antes, pero no significaban tanto en el día a día-; mi círculo de estímulos se volvió un bucle, me había vuelto como la gente que despreciaba años atrás. Con casi treinta años me excedí con las pastillas del olvido y ahora me ahogo en el gran océano de la rutina. ¿Cuándo fue que nos olvidamos de ser humanos?

La vida es muy corta para sufrir por banalidades. Siendo que apenas somos monos sin pelo que saben que

existen hacemos un terrible trabajo. Nos autodenominamos gamers, influencers, youtubers, patriotas y tantas otras cosas para dar tiempo y dinero a industrias que se alimentan de las creencias. No estoy para decirle a nadie como debe vivir o qué es bueno y qué no, pero pongo a su disposición un fragmento de vida para mirar la suya y saber si lo que hace tiene sentido, ¿es su trabajo tan valioso como la venganza del conde de Montecristo? Cada día me digo que esto es absurdo, y amenazo con irme a las montañas y dejar atrás mi casa, mi número y mi nombre, tal vez un día lo haga. Al día de hoy místico ha de tener más de sesenta años, no tiene una casa, ni familia, ni una estabilidad, ha de seguir pataleando en la superficie del océano para sobrevivir y a mí me aterra fracasar y seguir sus pasos.

Viva como un perro, sea un león o un camello, haga de su vida un valioso memento o disfrute cada segundo haciendo aquello que le hace sentir realizado, o haga de su vida un tributo a la empresa para la cual su existencia tiene significado. Igual que siempre, la decisión es suya.





Artista: PascalCampion
www.pascalcampion.com

No ir al trabajo

Es un regreso a la infancia
con el gusto de lo prohibido
pero no tanto,
con la inquietud de lo clandestino,
pero no tanto.
Y con todo el tiempo por delante
para no hacer,
para nada.
Un día entero se despliega
con la magia de un mapa
de mago
y muchas tentaciones vagas
se insinúan al azar, atropellan,
se disuelven.
Pueden hacerse mil cosas
o solo existir en duermevela.
Es como irse del mundo porque sí
porque no,
es un bajarse del amor sin decir
adiós.
Es la pausa que uno se regala
para creerse alguien o algo.
Todo termina en la tarde,
a las 6 en punto,
y así lo anuncian las campanas
que llegan de San Diego.

M.M Carranza



Concurso
de poesía
**María
Mercedes
Carranza**



De los avatares

Camilo Ospina

El largo elogio a la costumbre, del tránsito de las mismas calles y aceras, me encuentro en medio de una multiplicidad de avatares. Cuán extraños pero frecuentes son esos momentos en los cuales me veo envuelto en una súbita despersonalización. Ya en las calles los veo transitar, siguen sin excepción los caminos fijos que les impone la rutina; entonces paso a su lado y por puro azar se cruzan miradas fugaces, un gesto impersonal, un reconocimiento que sólo dura lo que dura el cruce de direcciones opuestas. A veces, en uno que otro semblante se dibuja una tímida sonrisa o una mirada furtiva y entonces, la pausa obligatoria en el semáforo, el afán de algunos por cruzar unos pocos metros del flujo vehicular; la impaciencia de otros por llegar a su destino a tiempo o, tal vez, la simple inercia de perturbados autómatas en apariencia.

En la orilla contraria otra fila de avatares, algunos atienden sin afán a la luz roja y por unos instantes lanzan su mirada, entre las carcasas rodantes, a la chica de cara bonita, al hombre de traje; a los extranjeros de lentes de sol, sandalias, bermuda descolorida y mochila gigantesca, a la pareja de viejitos temblorosos y cortos de vista; una madre y su vástago en el cochecito que lo cubre del Sol, un perro y su dueño... ¡Luz verde!... cruce de franjas blancas y negras... La otredad frente a frente sin la mediación de la palabra. la otra orilla.

Desciendo por las calles y los pensamientos y entorno a mí pasan más avatares cuando, al final de la meditación, me percibo autómata, me sé avatar, me reconozco en la otredad marchante sin voluntad aparente. Paso a paso, calle a calle, voy saliendo del trance. una risa lejana, un saludo fraternal entre dos desconocidos, una mirada vanidosa, el cruzarse con un viejo amigo me revelan la naturaleza del acontecer diario: También ellos como yo, autómatas, seguidores de los hábitos y el asesino lento de la monotonía, encarnamos una sensibilidad, una voluntad y la necesidad perenne del subsistir, de ver la luz de un nuevo día y el caer lento del telón de la noche.

Nos reconocemos los unos a los otros aunque sea para evitar tropezar o tan siquiera para representar el ritual de los saludos y los agradecimientos. Salgo absorto de la impersonalidad que me envolvía. Los avatares invadimos con nuestra presencia, deseos y preocupaciones los edificios y las aceras y en el devenir del eterno presente, aquellos avatares nos tornamos en personas dotadas, hasta cierto punto, de un libre arbitrio que nos engaña dulcemente con la ilusión de sus simples e impensadas fronteras.

-Camu



Paciente 3-09: Trabajo

Juan Pablo Romero Montaña

Doctor dígame usted que quien está postrado en cama

Tiene salvación o simplemente morirá como muchas cosas

Estoy sintiendo

O no

Ni siquiera eso, estoy dejando de sentir

Dejando de sentir ese sentir glorioso que aportaba este paciente

Ya no reconozco su nombre, no lo siento

No veo que se llame trabajo, siento que ahora se llama rutina

Doctor, por favor

No permita que este paciente caiga en estado de rutina

Esta persona es muy especial para mí

Estuve ahí conmigo cuando fui exitoso

Cuando las personas altas mandaron a su paciente a arruinar al mío

A censurar el mío

Hoy cuando me levanté le vi a sus ojos

Y me sentí determinado a hacer todas mis acciones del día

Con la mayor motivación

Porque sé que lo que hago rompe las discrepancias sociales

Este paciente fue asaltado en horas del medio día

Y ahora está aquí postrado en una cama

En el medio de seguir siendo quien es

O convirtiéndose en algo que no quiero que se convierta

Doctor

Por favor haga algo.





Adentro de la monotonía

8

Luisa Fernanda Rincón Gacharna

Los días pasan
tras la ventana empañada,
el ocaso es escrutable,
la simplicidad no.

Monótonos repiques en manecillas
azotan la memoria,
la mirada es estrecha,
no hay horizonte.

Se encuadernan las ideas,
sosegadas a la deriva,
impacientes,
empolvadas en los rincones.

El viernes palidece inerte,
el hedor de represión
viene de adentro,
la sujeción está en el alma.



El recoveco del reloj

Jonathan Molano (Joal)

Los recuerdos son ermitaños sacudiéndose del alba, mientras que en un repentino despertar a la intemperie las horas me envuelven en el suplicio del ayer. Hoy el tiempo es otro remanso en el que se mecen mis sentidos y cada momento es como caminar sobre la lava que rebosa del alma. A fuego mis ojos vespertinos son faros alumbrando aquellas calles eternas, pero sin retorno, son tan sólo el cántico de un sinsonte volando lejos del Caribe. El silencio juega con las manecillas, pero se detiene justo cuando los últimos sorbos de café me saben a ausencia y las horas bailan sin pausa.

Pero la prisa se detiene, los sueños han de despertar y me pregunto si la noche conversa con la esperanza, aunque esta esté en estado de somnolencia. El primer pensamiento descansa en un diván y en el vaivén de la lluvia tiemblo porque nublado se acrecienta el día; porque soledad también me escribe, aunque mi silencio retumbe como el soprido de un fantasma. Los libros vociferan, me invitan a que me acerque y deleite la realidad con la sensibilidad de mi retina y el fulgor de la rutina.

Intento socavar hasta llegar a mi propio mundo interno pero los eslabones del reloj me condenan y la memoria se retuerce por contar sesenta minutos en el sosiego de un momento. No es vano persigo las estaciones en las que hace escala el amor y contemplo a mi familia como arte pintoresco en el laberinto de un museo. La expectativa es una simbiosis de mis deseos, algunos tenues y otros tan intensos que hacen grietas hasta en mis entrañas. El sol se suspende de un extremo de mi ventana, quiere aposentar cada mirada que se pierde en el horizonte.

Tan fugaz como un suspiro entrecortado estas líneas son como una caricia helada sobre la curvatura de una piel cálida que no tiene escapatoria de las garras con las cuales abrazo la osadía. Si la desdicha alcanza la colina que sea esta epístola la que navegue sobre las olas de la angustia y si es el sosiego el que deambula entonces que en el recoveco de la rutina sea mi vesania la culpable del inconsuelo de la felicidad.



FLUORESCENT ADOLESCENT

(Idea para una película: Luego de una noche ordinaria, un oficinista se despierta dispuesto a cumplir el tedioso diario vivir con el cual ha accedido a la primera cuota de su casa y un terrible dolor de espalda. Aquella mañana, se encuentra a sí mismo en una habitación diferente a la suya y sólo al entrar al baño se da cuenta que está lejos de su hogar. A partir del transcurso del tiempo comprende que, como si se tratara de un sueño o una película de ciencia ficción, nuestro protagonista dio un salto hacia una realidad paralela en la que es millonario y, por consiguiente, tiene los medios para satisfacer sus deseos. Luego, a la hora de la película y tras experimentar los beneficios de una excelente calidad de vida, el giro narrativo no se hace esperar: el oficinista comienza a extrañar su vida antigua, por cualquier razón, supongamos que la esposa de esta realidad es una arpía y sus hijos un vidrio en el zapato; en realidad poco importa la razón, esto será una comedia romántica hollywoodense. Así las cosas, en un montaje a lo Edgar Wright, cuya banda sonora será Adolescent Fluorescent, el espectador será testigo del complejo mundo interior de este hombre y cómo este pobre infeliz nunca valoró su vida anterior. Por arte de magia vuelve a la realidad que aborrecía, se declara ante el amor de su vida y a todos serán testigos del Happy Ending. Aparecerán los créditos mientras comienza a sonar alguna canción de Ariana Grande o Maroon Five)



Dicho de la manera más perezosa: la vida no tiene sentido, soy consciente que sobre esta frase hay debates tan interesantes como una abuela enhebrando el hilo en la aguja para confeccionar el vestido de baile de su nietecita. Por lo cual, venir a argumentar en favor de los más nihilistas o exponer las falacias de las religiones me resulta tedioso e inútil. Bueno, lo cierto es que siempre me he empecinado en creer que la respuesta más lógica es que este inmenso vaivén de futilidad no es obra de una mano creadora, sino de una constante reacción ante su inmediata causa. Pero la verdad, es que he visto tantos videos de Tomás Aquino que a veces al tomar el café sospecho que en las ondas de su superficie, que produce un ligero balanceo, se encuentran escondidas

la voz de Dios y/o la respuesta a mi sinsentido.

Pero ¿Qué produjo semejante aturdimiento? ¿Por qué me siento más motivado en dormir que en escuchar las canciones que amaba? Tal es el grado de importaculismo que ya no hago uso de mis antiguas y elaboradas “coartadas” para evadir las consecuencias de mis errores, ahora en cambio cándidamente digo: “No lo hice” “Se me olvidó” “No lo quería hacer”. Al respecto, atribuyo, entre otras cosas, que mediante el cálculo de mi instinto de conservación, la mentira y la tergiversación de hechos resultan un esfuerzo insustancial frente a un castigo irremediable.

Sin embargo, comenzar a exponer semejante “cálculo” y sus respectivos teoremas supondría que efectivamente dicho enunciado es verdadero en todas partes y en todo momento, lo que quiero decir es que sencillamente carezco de los motivos me inducían a querer obtener una respuesta positiva frente a mis acciones, y la razón es que precisamente no importaba cuanto me esforzaría, ni cuanto procurará salir ilesa de la vergüenza o de la derrota, constantemente me veía abatido por el desajuste entre la realidad y mis expectativas.

De esta manera, como si realmente se tratara de una fórmula podríamos agregar a las otras variables la magnitud del tiempo y así “calcular” cuál fue el desplazamiento desde la esperanza hacia la amargura. No obstante, me veo limitado para realizar dicho símil, en tanto reprobé física y conozco más de *Time* de Pink Floyd que de Newton. Con eso y todo, hablaré del tiempo desde mi perspectiva, debido a que la relatividad de Einstein le otorgará a mi punto de referencia el derecho para escupir algunas consideraciones.

En su discurso de grado de la Universidad Dartmouth, Joseph Brodsky

realizaba una alabanza al aburrimiento exponiendo que todo ser humano está a merced del tedio. Por otra parte, en medio de su discurso resaltaba la importancia de la monotonía para comprender el verdadero significado de la infinitud del tiempo: somos insignificantes como motas de polvo. Esta idea también está presente en la película infantil *Horton hears a Who!* de Dr. Seuss, como también en el soneto de Percy Bysshe Shelley titulado: *Ozymandias*. Acudo a semejantes ejemplares de la nostalgia provocada por la futilidad para explicar que el razonamiento humano no sólo es producto de una respuesta adaptativa, en cambio también se constituye como una conciencia hambrienta de transcendencia, entre otras cosas.

En consecuencia, encuentro del todo normal que la repetición de una misma tarea sea insoportable. No sólo a raíz de la horrible sensación que provoca escuchar la misma cantaleta durante 40 años, sino por el infortunio de ver en el asfalto las alas desechas de los sueños juveniles. Puesto que, aunque risibles, aquellos anhelos funcionaban mejor que el pan de cada día para salir al mundo sorteando cada obstáculo en el camino.



Empero, la repercusión de la rutina en la felicidad del hombre es del todo ambigua, por ejemplo, nunca supe de Nacho Vidal lamentarse por su ajetreada jornada laboral, ni comentar a Esperanza Gómez que estaba aburrida de tal o cual posición, además de lo más importante, considérese que la pornografía no es una labor altruista, más allá que millones se vean beneficiados con ella. La realidad es que el discurso de: “Siento que estoy perdiendo los mejores años de mi vida” es un denuesto ante un placer saciado, muy a lo Schopenhauer. ¡Sí!, evidentemente semejante desfachatez admite todas las risas

y todas las esquivas, ya que la no hay punto de comparación entre un actor porno y un agente de Call Center, con la excepción de que es muy posible que ambos hayan soñado con ser rockstars o futbolistas en vez de consumidores de marcas.

El uso de este excesivo ejemplo sólo pretende destruir la idea de la rutina como eje articulador de la miseria, de hecho veo más beneficios que incidentes en la repetición de algunas actividades, no sólo puede perfeccionar alguna técnica, o tener un trasero envidiable, también podrá animar las fiestas recitando de memoria poemas de Serrat con la más perfecta dicción.

¿Entonces, si la repetición no es el problema, cuál es? Me podría aventurar a pensar que es la distancia entre los sueños de la realidad, yo por ejemplo tuve miles de proyectos que emprendí hasta que la disciplina se interpuso: A los 8 años quería cantar baladas y protagonizar videos musicales mientras mi cabello permanecía intacto ante la inclemente lluvia, a los 12 quería marcar un triplete en el Camp Nou frente al Barcelona de Messi y Guardiola; “Me gusta más la filosofía de Diógenes que la de la posesión del balón” respondería en un entrevista al ser elegido como el mejor del partido.



A la edad de los 16 años quería ser el próximo Joe Perry y en la actualidad quisiera conmover a la humanidad con mi obra artística, exponer mi superioridad moral juzgando cuál película es mejor que otra y sobre todo argumentar mis puntos de vista con la muletilla: “Como dijo Sócrates”.

¿Acaso he desempeñado alguna de estas “loables” funciones? Lejos de ser el hombre bajo los reflectores, he pronunciado muchas veces la frase: “Hola, gracias por comunicarse con XXXXXX” para luego intentar descifrar la solicitud del cliente a través de una llamada telefónica. Obviamente, no me apasiona esto, aun cuando la Multinacional en la que me encuentro eleva el empleado a un traductor simultáneo-psicólogo-vendedor-soporte técnico-desarrollador de software-coaching-filólogo-economista y por momentos DJ. El puesto de trabajo que desempeño

desde los cubículos, como ocurre con la mayoría de los empleados de Colombia se reduce a hacer de todo, con la diferencia que en el lexicón de los Centennials “La rusa” tiene acepciones diferentes a la que podrían aludir sus padres o tíos. Así las cosas, se ilustra perfectamente que un agente de Call Center, tiene muchas más razones que *Akaki Akakievich*¹ para vivir una vida más eufórica, impredecible, entretenida y menos Kafkiana. ¿No?

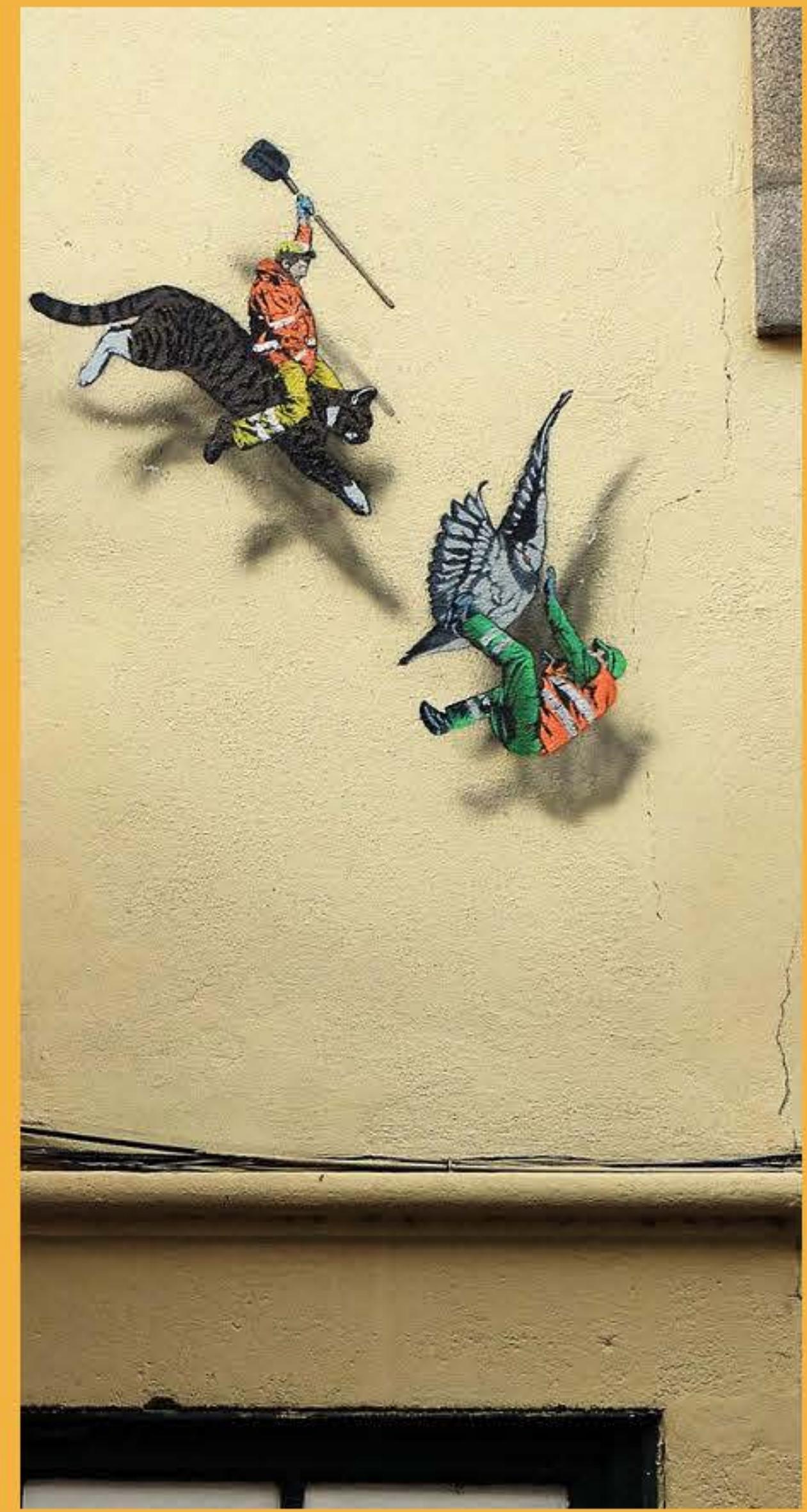
Dejando el sarcasmo de lado, mi crítica no se centra en que desempeñar ciertos trabajos te hagan más o menos feliz. Todos estamos de acuerdo que de haber sido millonarios, podríamos haber prescindido de invertir 1/3 del día en hacer más rico a un explotador. A lo que apunto es algo diferente: con el transcurrir del tiempo pueden pasar muchas cosas con respecto a nuestras expectativas: entre ellas sencillamente las podemos llevar a la consecución o no. No obstante, conservamos la ilusión de hacernos un lugar en el mundo, por eso sin importar cuan tedioso, horrible, insopportable o nefasto pueda llegar a ser nuestro presente vivimos depositando una gran fe el futuro y decimos: “Este trabajo es un escampadero” y en general muchas experiencias de vida también entrarian en aquella categoría. Por consiguiente, si nos sabemos trapeistas provisionalmente y depositamos toda la estabilidad en el porvenir, ¿De dónde proviene el dolor? Lo cierto, es que la palabra provisional tiende a volverse permanente. Esta pésima crónica se debe resumir en algo muy sencillo: en búsqueda de trascendencia, constantemente fijé mi mirada en el porvenir y dispuse el hoy como un medio para tal fin: sacrificué e invertí tiempo pero todo aquello me pareció siempre insopportablemente aburrido y viceversa. En lo sucesivo el tiempo ha pasado y nunca ha aparecido aquel futuro. En consecuencia, idealizo el pasado y pareciera que no importa dónde ni cuándo, en la medida que uno siempre

haga para conseguir, el hoy será tedioso.

(He olvidado agregar que la película también se valdrá del Merchandising, entre otras cosas, el padre que lleve a la familia a ver la película podrá adquirir una subscripción a Spotify redimiendo tres boletas del largometraje. De esa manera, se verán recompensados lo interminables minutos haciendo fila para salir del estacionamiento del centro comercial)



Secretos de pequeños trabajadores
Jonathan Pauwels





Antología de Call Center

Juan David Jiménez

Un 14 de agosto, la ciudad de Bogotá vive una noche caótica. El descontento de la ciudadanía frente al aumento de precio del pasaje del sistema integrado de transporte generó múltiples bloqueos en la vía. Por la Avenida de las Américas se pueden ver filas de personas que regresan a casa caminando, en medio de los articulados que no pudieron avanzar más. Una de esas personas es el profesor Gabriel, quien tras su última jornada de trabajo en el instituto Real English, tras meses de quincenas incumplidas decidió que ya no va a volver al día siguiente. Cansado, sudando y sin dinero, Gabriel llega a su casa, en el barrio La Igualdad, toma una ducha y se va a dormir. Mañana madruga a clase, aún no se ha graduado de la universidad.

Tras salir de clase, Gabriel se dirige a Patio Bonito, al colegio donde realiza su práctica. Durante el camino, en Transmilenio aún hay bloqueos por lo que tarda un poco más de lo habitual, esto le da tiempo para recordar su vida antes de ser profesor, cuando trabajó como mesero en un restaurante, era un trabajo duro, pero más allá de eso, era una época tranquila.

Ahora que no regresará al instituto vuelve a sentir un poco la paz de esos días ¿pero y el dinero?

Luego de dos semanas sin trabajo, a Gabriel solo le alcanza para almorzar pizza de tres *quini* con gaseosa, sin desayuno y mucho menos cena. La vida es tranquila de nuevo. Sentado en un andén conversando con Marco, también desempleado, conversan sobre el trabajo.

-A nosotros que estudiamos lenguas nos toca darle clases al hijo de la vecina o clavarnos en un Call - decía Marco con una pola en la mano. -

-Tanto matarnos en esta vaina para terminar contestándole llamadas a los gringos, nunca. -aseguró Gabriel-

-¿Quién lo mandó a estudiar esto? -se reía Marco-

Camino a una clase de siete de la mañana, en Transmilenio (ya sin bloqueos) Gabriel escucha su estómago crujir. Va mirando por la ventana los barrotes negros de la Avenida Caracas mientras se imagina como presidente de la república: Decreto 777 en donde se declaran ilegales e inmorales las clases que se imparten antes de las 10 de la mañana y bosteza. En ese momento suena su Alcatel A30.



— ¡Hola Gabrielito, amigo! Te habla Sebas, te llamo de *****, el mejor lugar para trabajar, acá no trabajamos acá nos reímos todos los días y nos pagan por eso.

Solo necesitas hablar inglés y ser super nice con nuestros clientes, unos americanos amabilísimos ¿qué dices?

— Mm ¿Qué?

— ¡Gabo! You speak English, right?

— Mm, sí.

— That's it! You are in! Ven mañana mismo a firmar contrato

— Ok.

Gabriel colgó, se había prometido nunca pisar un call center, él no sería parte de esas multinacionales en busca de mano de obra barata, ni qué decir de los gringos racistas al teléfono, jamás. Esa misma tarde, después de clase debía ir al colegio, dos pasajes de bus extra, además ese día tuvo que fotocopiar un libro, no tenía para el almuerzo.

Al día siguiente Gabriel firmó su primer contrato con un call center, horario de 3 de la tarde a 12 de la noche.

Antes de siquiera enfrentarse a su primera llamada, Gabriel empezaría con un mes de entrenamiento. Este se hacía en un tipo de sótano alfombrado, sin ventanas. Ubicados en mesa redonda se fueron presentando los 34 nuevos afortunados. El entrenador, un tipo siempre-sonriente prometía el cielo y la tierra. Fueron 8 largas horas para Gabriel. Al segundo día, para ayudarse a sobrevivir, Gabriel llevó una antología de cuentos colombianos (de las miles que existen) para leer en los ridículos dos breaks de 15 minutos que tenía. El viaje en el bus le dio tiempo para leer *¡Qué pase el aserrador!* de Jesús del Corral.

Ese día fue un poco distinto, a pesar de ya estar contratado, este aún era un período de prueba, por lo que debía demostrar que era capaz de manejar una llamada. Gabriel era buen profesor, pero aún desconfiaba de su inglés, pocas veces había conversado con un nativo y más allá de su experiencia en el restaurante, nunca había tenido que lidiar con clientes. Todos en ese sótano parecían saber qué decir. A él le sudaba todo, hasta que recordó su lectura en el bus. ¡Él podía ser Simón Pérez! Gabriel no quería estar ahí pero *el mico come chumbimba en tiempo de necesidad*¹.

Lo mandaron a otro cuartico con un teléfono y otra persona, en una esquina, tomando notas. Se sentó para tomar la llamada.

-Hi, I'm calling you guys because... -Gabriel no entendió nada más.

-Se puso de pie, se quitó la diadema y gritó - ¿Pero qué es esta vaina? ¡Ustedes saben cuánto tiempo he trabajado en esto? ¿Y saben cuántas veces un gringo me ha saludado así? ¿Cómo quieren que esta gente aprenda a trabajar bajo presión? ¡Les faltó mandarme besitos!

- Gabriel cálmese, es una prueba. -dijo la persona que tomaba notas-

- ¡No me calmo! Si vamos a hacer las cosas, las hacemos bien. ¿Dónde está la persona que me habló? -Preguntó-.

-En el cuartito de al lado.

¹ En *¡Qué pase el aserrador!*: Para él no había dificultades, y cuando se le proponía que hiciera algo difícil que él no había hecho nunca, siempre contestaba con esta frase alegre y alentadora: «vamos a ver; más arriesga la pava que el que le tira, y el mico come chumbimba en tiempo de necesidad». Sobre Simón Pérez.

Gabriel se dirigió al otro cuartito, allí estaba uno de los encargados de la campaña para la que él se estaba preparando. -Eso sí: Yo no sabré nada de llamadas, ni de clientes, pero en hablar si soy veterano. -Pensó-. Entonces Gabriel explicó lo importante que era aprender a desarrollarse bajo presión en este trabajo, habló de psicología, de métricas, dio cifras y porcentajes -todo inventado- Se atribuyó el éxito comercial de varias empresas y finalmente, tras impresionar al jefe, quedó encargado de crear las peores situaciones para sus compañeros, así ellos podrían prepararse, durante el día gritó y dijo todos los madrazos en inglés que había aprendido en Internet y con sus estudiantes de las clases nocturnas del instituto. No contestó ninguna llamada durante el entrenamiento.

Desafortunadamente para Gabriel, este training no era para siempre, se terminó y tuvo que empezar a tomar llamadas. Comenzó su rutina. Debía madrugar a clase, salirse un poco antes para poder alcanzar a almorzar y correr para no llegar tarde a su trabajo. Su día libre, el jueves, no era tan libre, pues debía ir al colegio. Cuando alguien lo saludaba en la universidad apenas podía cruzar palabra, siempre tenía afán, después de las 3 de la tarde hasta las 12 de la noche estaba completamente desconectado del mundo real, su vida: llamada tras llamada.

Así transcurrieron tres meses, Gabriel ya comía hasta 5 veces al día, se le veía nueva ropa seguido, eso sí, cuando se le veía. Usualmente trasnochado, cabeceaba en los buses, en clase. Parecía estar siempre pensando en algo más, lejano. Y seguramente él también se sentía así, dentro de una burbuja, en su mente. Ese día, sin saber por qué, arrancó una hoja de su antología, la dobló y la escondió en uno de sus zapatos (sabía que no podía ingresar papeles a su puesto), ahí llevaba a Fanny Buitrago y un fragmento de Narración de un soñador de tesoros. Luego de casi 6 horas de turno, completamente fuera de sí mismo, sacó de su zapato el trozo de hoja:

—Levántate temprano, y desde la puerta de tu casa camina cincuenta y siete metros en dirección del Oriente, hasta donde hay un árbol de anón. Allí te encontrarás con un hombre que viene caminando, con un pico y una pala al hombro. Deténlo sin decir palabra, pues también tuvo su sueño. Toma el pico, déjale la pala. Cava en su compañía. Lo que encuentren es de los dos.¹

Gabriel miró hacia al oriente, si bien no había árbol, sí había un hombre caminando -su

¹ En Narración de un soñador de tesoros continúa: Ella se levantó al amanecer. Caminó hasta el sitio indicado por el espectro. Todo sucedió como estaba previsto. El hombre y Miss Bordee cavaron en silencio, desde el amanecer hasta la puesta del sol. Cuando por fin tocaron tierra removida, vislumbraron una inmensa caverna subterránea en donde brillaba un promontorio de doblones de oro, pedrería y ornamentos del culto católico. Ante tanta riqueza, ella llamó codicia a su corazón y, más rápida que el pensamiento, comenzó a gritar reclamando la exclusiva propiedad del tesoro.

supervisor- se dirigió hacia él sin siquiera terminar la llamada que tenía, en lugar de pico y pala, el hombre llevaba un tablero y un marcador -un descache del texto- Pensó Gabriel. Sin medir palabra le quitó el tablero y se lo tiró por los pies, lo recogió y continuó como "cavando" ¡A su supervisor! Todos los que estaban allí no pudieron seguir sus llamadas, era un escándalo lo que estaban viendo. Gabriel estuvo a punto de perder su trabajo si no es por la psicóloga, quien recomendó una semana de reposo tras el episodio de ansiedad.

Durante esa semana Gabriel volvió a vivir un poco, pudo visitar a su abuela después de meses y el miércoles se quedó en la universidad para jugar microfútbol con sus viejos amigos, que ya comenzaban a olvidarlo. En la noche tomaron politas, recordaron anécdotas de los primeros semestres y se rieron con experiencias que habían tenido en las prácticas. Se respiraba tranquilo.

Luego de esa semana y unas disculpas a su supervisor, Gabriel retomó el trabajo, un poco más tranquilo se sentó en su cubículo y comenzó la seguidilla interminable de llamadas, un break de 15 minutos, más llamadas, 30 minutos para almorzar, más llamadas, 15 minutos más, llamadas y dormir. Así transcurrió otro mes, y luego otro.

Y volvió a ser 14 de agosto, Gabriel se había adaptado a su rutina, al fin había terminado su práctica en el colegio y ahora le quedaban las mañanas libres. Tenía un mejor semblante, había podido ahorrar un dinero que hace un año le era inimaginable. No recordaba el último libro que había leído. Ni la última película que había visto. Ya no había tiempo para eso. Si bien agradecía la posición cómoda que tenía gracias a su trabajo, extrañaba algo, pero no sabía qué. Ese mismo día, tras almorzar, tomó el ascensor del cuarto piso, cuando llegó al primero, la puerta no se abrió. Oprimió el botón de abrir, pero nunca funcionó. Estaba atrapado.

-Como que se jodió el ascensor, Ramírez -Dijo el celador a su compañero-

-¡Ábranme, por favor! -Gritó Gabriel-

-¡Uy juepucha, Ramírez! -Córrale que hay alguien ahí metido.

De cierta forma Gabriel se tranquilizó, se le había alargado la hora de almuerzo y tenía una razón suficiente para no estar en su puesto de trabajo. Miró al espejo del ascensor, siempre que se veía ahí reflejado lo tomaba la nostalgia, se recordaba a sí mismo antes de meterse en todo esto. Sabía que estaba en



su propia *Tragedia del minero* contada por Efe Gómez. Él también estaba atrapado, había encontrado el oro, pero seguía atrapado, aunque lo negara para justificar su nueva forma de vivir.

-Señor, ¿usted cómo se llama? -Preguntó el celador-

-¡Soy Gabriel, estoy aquí encerrado hace rato!

-No se preocupe, ya vienen a sacarlo mijo, ya mandé al Ramírez a eso. -le aseguró el celador, con voz preocupada-

-Váyanse muchachos... ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras... Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha, y... váyanse... ¿Qué se suplen con estarse ai...? Váyanse, les digo. Déjenme a mí el alma quieta: ya yo estoy resignao a mi suerte¹. -Respondió Gabriel aguantando las risas-

-¿Qué dice mijo? -Dijo el celador, confundido-

Finalmente pudieron abrir el ascensor y Gabriel volvió a su cubículo, cada vez que recordaba la respuesta que le había dado al celador, se le dibujaba una sonrisa en el rostro. Se imaginaba cómo reaccionarían sus compañeros de universidad cuando les contara cómo estaba usando sus referencias literarias. ¡Se miarían de la risa! Pero ellos ya no estaban. Gabriel estaba solo.

¹ En La tragedia del minero de Efe Gómez, es la respuesta de Manuel a sus compañeros que intentan liberarlo en la mina y continúa: Lo único que siento es no conocer el hijo que me va a nacer, o que me habrá nacido ya. ¡Pobrecito güerfano!... Me le dicen a doña Luz que ai se los dejó... a él y a Dolores. Que los cuide como propios... y no me llamen más, porque no les contesto...

Acuérdense de que el hombre es como un zapato... Uno y otro se retuercen, se deshornan, se les resquebraja el cuero, se les abren las costuras y se acaban lo mismo: casi todos terminan en chagualos -Leyó esa noche en *¿Por qué mató el zapatero?* De Eduardo Caballero Calderón. *La vida es dura para la gente sin zapatos. (...) toda la gente debería andar calzada y ser esa la principal preocupación de los gobiernos*
-Continuó leyendo-

Gabriel no quería terminar como un chagualo, si para un zapatero la principal preocupación era que la gente ande calzada ¿Cuál es la preocupación de un agente de call center por las personas? Él nunca se había preocupado por ningún cliente, jamás sintió que estuviera aportando algo aunque tuviera que darlo todo durante sus jornadas. Simplemente, ya había cumplido su tiempo, era hora de hacer lo mismo que había visto hacer a los demás. Renunciar. Algunas semanas después se lo comunicó a su supervisor. Se preparó para decirle adiós a su estabilidad económica, a ese pago que cada 15 días le recordaba por qué seguía allí. Redactó su carta de renuncia y se fue.

La carta decía así:

Harto de su rutinaria ocupación, el descuartizador de Londres se ha inscrito a un curso rápido de corte y confección.²

² Rutina, microrrelato de Daniel Castillo.

El relato anterior se construyó gracias a:



Efe Gómez

La tragedia del minero.



Jesús del Corral

¡Qué pase el aserrador!



Fanny Buitrago

Narración de un soñador de tesoros

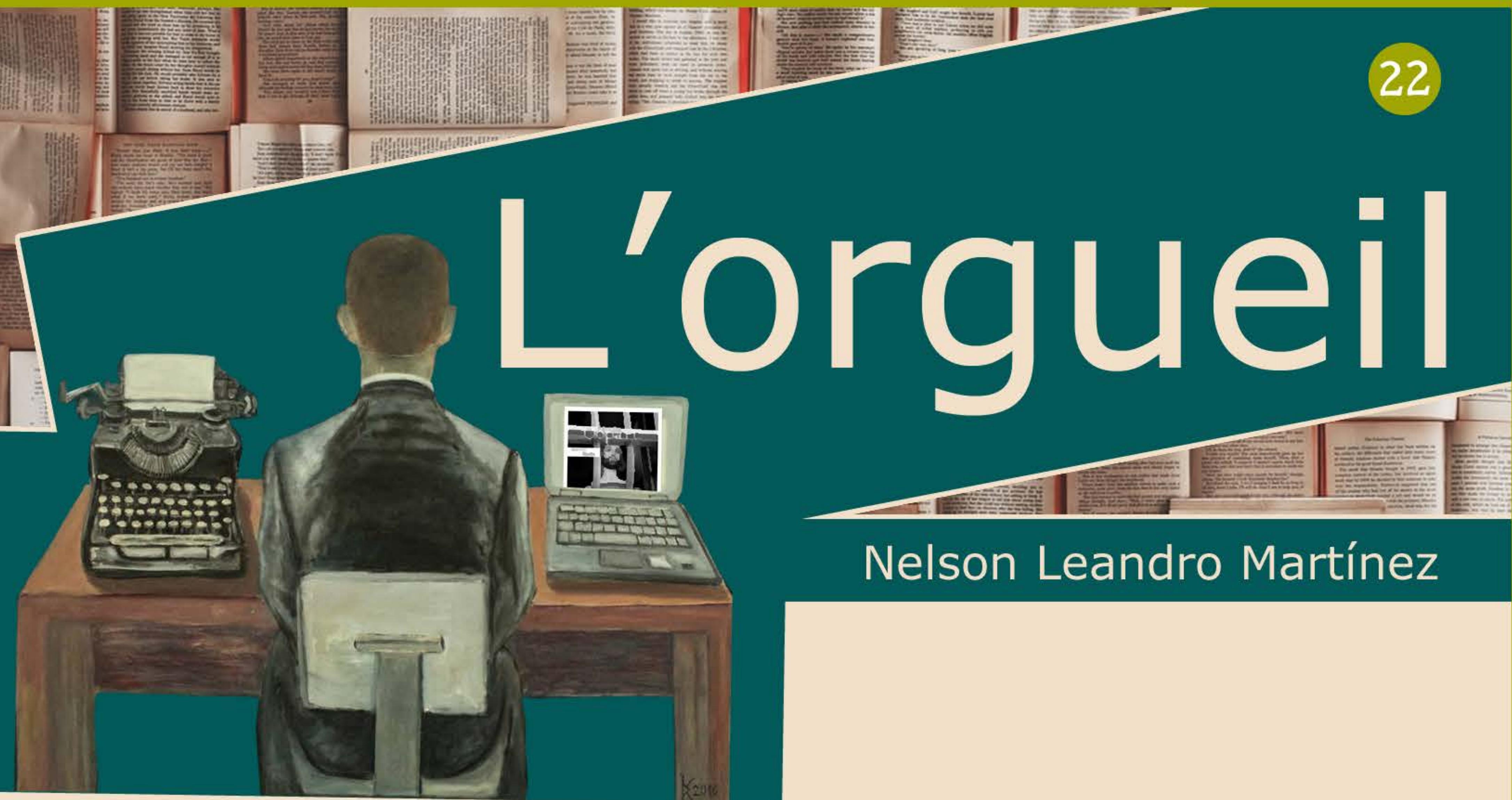


Eduardo Caballero Calderón

¿Por qué mató el zapatero?

L'orgueil

Nelson Leandro Martínez



Hoy completo dos semanas tratando –peleando- con un computador y otro para poder comenzar y –con fe- poder entregar algo –cualquier cosa- a la revista. Como nunca me pesan enormemente las palabras. Emprendo cualquier proyecto –la escritura de un cuento, la crónica de alguno de los dos o tres empleos serios que he tenido, la historia de alguien más en cualquier trabajo mediocre- pero en la madrugada termino siempre borrándolo todo, admitiendo –ahora sí y sin pataleta- que para esto no sirvo y que no sirvo porque lo he convertido, tristemente, en un trabajo: en una obligación.

Camino a casa o corriendo cualquier peligro por querer estar un rato en la calle, la tarea resulta sencilla; una mera cuestión de echarle un ojo al diario de Pavese o a las memorias de Gabo pero, salvo las pocas líneas que rasgo y pego con saliva para que nadie descubra de dónde han salido, termino renunciando con la certeza de otro día perdido al no haber podido empezar ninguna lectura, ni haber preparado clase alguna y, lo más importante, sin haber escrito nada para, finalmente, marcar tarjeta y liberarme de toda esa carga en

la que se ha convertido para mí la escritura: la carga de que mucha gente crea que tengo algo interesante qué decir: siempre.

“No tengo talento natural, me cuesta trabajo escribir”, escuché decir alguna vez a Vargas Llosa: “cada vez me cuesta más”, (...) “me cuesta un trabajo enorme” y, aunque lo mío no se debe a la práctica de décadas enteras a la literatura ni, mucho menos, a la convicción del esfuerzo o la entrega total del oficio, mi dilema resulta más sencillo y, por ende, más difícil: se llama orgullo. Y lo admito preguntándome si, al fin, publicaré algo o, quizá, ya no me importa que la gente descubra que mi vida no es tan acartonada, ni tan académica y que esta necesidad, repito, o a la condena de tener que responder con creces a este trabajo -el trabajo de que lo que escribo le guste a la gente, el trabajo de demostrar que tengo madera de artista o escritor, el trabajo de que todo lo que se me ocurre sea brillante-, no es más que la peor decisión de mi vida.

Lejos están esos días en donde, mientras debía

entregar cientos de trabajos para pasar cualquier materia o preparar exámenes, me perdía por tardes enteras o fines de semana completos a escribir cualquier cosa, a llenar un blog que nadie leía, a cambiar la portada de mi Facebook saludando a todos los meses del año o, lo que más me gustaba hacer, responder preguntas que nadie había hecho. *Es blasfemo, pero ni Dios conoce el poder de tu sonrisa, garabateé con tiza una vez en una de las paredes de mi casa luego de haber pasado toda una tarde pensando, borrando, tachando y, fundamentalmente, escribiendo porque entonces me gustaba, entonces lo disfrutaba porque era algo nuevo, diferente, algo que me servía para jugar, para huir y, en verdadera plenitud, algo de lo que no esperaba opinión alguna.*

“El gran error de la naturaleza humana es adaptarse. La verdadera felicidad estaría constituida por un perpetuo estado de iniciación, de sucesivo descubrimiento, de entusiasmo constante. Y aquella sensación solo lo producen las cosas nuevas que nos ofrecen resistencias que aún no hemos asimilado”, le escribe Julio Ramón Ribeyro a su amigo Juan Antoni: “El matrimonio destruye el amor, la posesión mata el deseo, el conocimiento aniquila el placer, el hábito la novedad, la destreza, la conciencia. Ser el eterno forastero, el eterno aprendiz, el eterno postulante, he allí una fórmula para ser feliz.”

Entonces se me ocurre la idea de correr, pero correr ya no de los deberes naturales de la madurez sino del compromiso, de -vuelvo a decirlo por si no está claro- el compromiso de escribir y, en consecuencia, la responsabilidad de ser aplaudido; porque maldita sea la hora en la que leí a Rulfo y comprendí que todas las cartas deben ser conmovedoras y hermosas, maldito el día en el que leí a Elena Garro y entendí que todos los cuentos tienen que ser buenos y memorables, y maldito el momento en el que se me ocurrió -sin que nadie me lo pidiera, sin que eso en nada pudiera aportar

al mundo más que para seguir enfermándolo- ser escritor... Que cómo me imagino yo la felicidad ahora, mi amigo Elías Canetti, sencillo: “una vida entera leyendo tranquilamente y escribiendo sin enseñarle nunca a nadie una palabra de lo escrito, sin publicar una palabra. Dejar a lápiz todo lo que” he “anotado; no cambiar nada, como si lo que he “escrito no tuviera destino alguno...” y alegar cualquier tipo de dolencia, fingir una lesión y anunciar el retiro para irme directo al geriátrico, pero -ahora lo sé- apartarme, dejar todo tirado como si tuviera otra vez 18 y el estudiar ciencias sociales fuera un error -luego de haberlo soñado durante toda la adolescencia- ya no se puede. Y no se puede porque este cansino trabajo ha invadido totalmente mi vida: me lo he traído a la casa, he dejado que la inunde por completo, en todos los rincones de mi cuarto hay libros apilados y proyectos y proyectos de cuentos por hacer, mi tesis habla de la importancia de la literatura como hecho social y discursivo, y mis amigos y estudiantes me reconocen, sin que ya ninguno pueda verme de otra forma -maldita sea, me digo-, como la primera y la última palabra para cualquier pregunta, como poeta, como intelectual que debe hacer -condena ineludible del que algo sabe, del que no tiene miedo a decir lo que siente- alguna cosa relevante, alguna vaina que en algo nos cambie o nos destruya: lo que suceda primero.

Pero... ¿Por qué escribir estas cosas, que muchos leerán y acaso los obliguen a intervenir, a dar un giro?, me pregunto desfigurando una de las ideas de Pavese. Sí, “Debemos pensar que hasta la última página del Diario” –de Pavese- dice Piglia: “debe haber sido escrita bajo la obsesión de que la amada” -alguien- “lo leería («que lo sepa, que lo sepa», escribió el 27 de mayo de 1950). Y no puede obviarse la penúltima entrada, del 16 de agosto, que está dirigida a ella: “«Querida,” -escritura,- “acaso tú eres de verdad la mejor, la verdadera. Pero ya no tengo tiempo de decírtelo, de hacértelo saber. Y además, aunque pudiese, queda la prueba,

la prueba, el fracaso"... mi fracaso.

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos, una muerte que nos acompaña, de la mañana a la noche, sorda, insomne, segura –mi literatura–... y en esta línea empiezo a dudar y no creo que siga así el poema de Pavese.

¡Profesor! –me llamó en plena cuarentena profunda la mamá del niño con el que ahora estoy trabajando– es un verdadero alivio poder hablar con usted! De ahora en adelante lo necesito sin falta. No puede negarse, escúcheme primero. Como en la casa nadie habla inglés y nadie está al nivel del colegio del niño... Es un trabajo sencillo; ahora no puedo pagarle lo que merece, pero no puedo permitir que alguien como usted pase tantos problemas. Con el tiempo, espero que mi hija mayor deje de temerle y decida tomar clases también: dice que usted, profesor Leandro, debe ser muy estricto por eso de sus libros y sus pensamientos. Yo no sé. Pero le prometo que tendrá tiempo para sus lecturas y que podremos acomodarnos cuando otras ofertas empiecen a llegar... Ya verá, van a peleárselo. En mi familia le tenemos una infinita confianza, sabe. Es injusto que, por no poder recibir su diploma, un estudiante tan aplicado, que además habla francés, imagine, esté viviendo como usted vive... Lo lamento mucho y soy la primera en tenderle la mano. Así que no lo piense un solo segundo. En un momento le hago llegar el permiso de trabajo y le diré a mi hijo que, al fin, llegará alguien que sí puede ayudarlo. Mañana mismo nos encontramos, paso a recogerlo a su casa. Profesor Leandro: ¡Qué gusto me daría poder darle un abrazo: usted que se gana el cariño de todo el mundo!

–Todo esto no me sorprende –dice Matías en uno

de los mejores cuentos de Ribeyro.–Un hombre de mi calidad no podía quedar sepultado en el olvido.

No hay cómo negarlo –me dije en uno de mis peores pensamientos-. Aunque me esconda bajo las piedras, todo el mundo puede verme.

A las 8, cuando ya había que salir para el centro, mi mamá me pasó la mano ensalivaba por la cabeza y, sin embargo, ni mis hermanas ni mis vecinas fantasma se reían de mí como en antaño,

ni un solo chiste como cuando iba al colegio y les daba risa el lambido de vaca y los pantalones hasta las axilas. Ni un solo comentario, ni un solo murmullo sino, más bien, la pura certeza –la escandalosa y hecatombita certeza– de una verdad ineludible: solo a una persona como yo –durante semejante época, durante semejante pandemia– podría conseguir trabajo: solo una persona como yo podría recibir un empleo acostado en la cama mientras, literalmente, se rasca las pelotas.



En el camino estuve repasando las lecciones, los modelos, la didáctica, la pedantería, la intransigencia,

l'orgueil... cada línea con su respuesta, cada gesto con su prepotencia: no había forma de ser interrumpido más que para asegurarle a mi patrona que los malos resultados se debían a profesores mediocres: desconocedores totales de la realidad educativa, le aseguro: desactualizados y mediocres, sí, sí señora, todos unos ineptos y limitados: muy poca luz, muy poca...

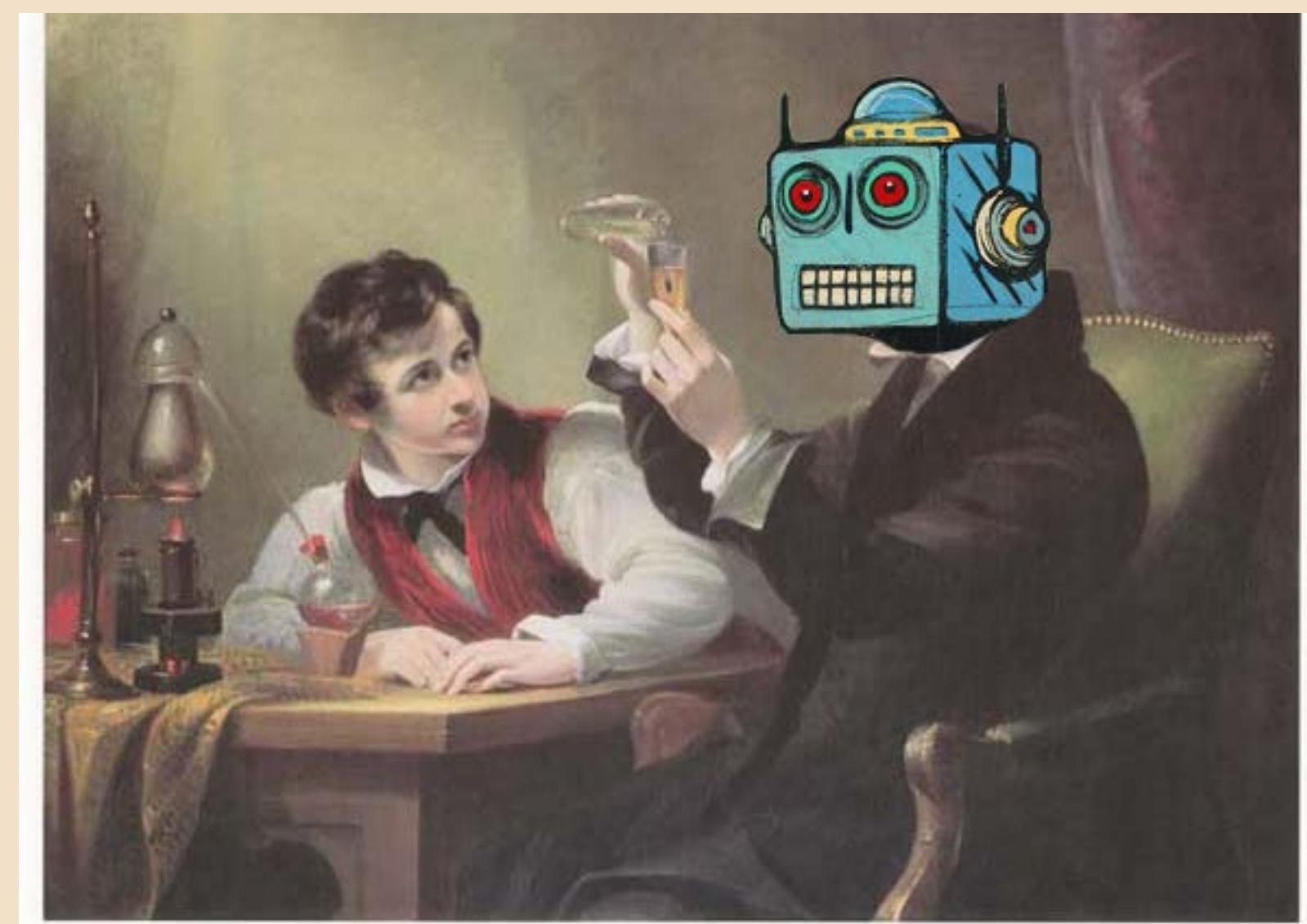
Cuando llegamos al edificio, adopté mi curvatura de erudito y, con mi forma de decir cada cosa, de hablar sin vacilar usando palabras rebuscadas, la recepcionista no dudó un solo instante en dejarme pasar: prueba digna de

cualquiera que asegure que enseña, le dije a mi patrona: grandes son las diferencias entre los maestros de obra y los maestros de escuela, aunque pocos en la universidad lo sepan, señalé.

En el apartamento, con una vista enorme -totalmente invasiva de los cerros orientales y la Bogotá de ensueño de las redes sociales-, me recibió un hombre imponente, de voz grave y maneras nobles –bancarias con su cuello duro y su corte perfecto- que quiso atacarme -sin aviso- con un sable, tratando de eliminararme con sus opiniones de política internacional, de historia y hasta de pintura en una grata discusión de ida y vuelta, de cumplido contra cumplido, de imán y limadura, de pelota y pared, de un entendimiento total que, aunque me hubiese encontrado sin careta ni chaquetilla, supe sacar adelante con mi mano atrás y mis pies en L en una charla alegre y certera y, al final, hasta sobre fútbol y ciclismo que me permitió pasar la frontera de la sala, ese campo de batalla donde ya seguro habría fulminado a otros y, así, ir con su hijo: con el futuro total de su casa y de su apellido.

En la puerta del cuarto me enjugué la frente con un pañuelo y, mientras los patrones me miraban con esperanza -con el verdadero cariño que produce la honesta admiración- les prohibí por completo interrumpir las clases: solo así puedo trabajar yo, les dije: eso sí no podemos negociarlo, señores.

En una esquina de aquella inmensa habitación me detuve y, con un examen rápido, encontré al niño prácticamente impávido y sin respirar ante la pantalla de su computador. Improvisando un saludo condescendiente, le hablé en un inglés sencillo pero el niño no respondió. Mientras revisaba el horario de clase y analizaba cada asignatura con su dificultad –por aquello de la segunda lengua- volví a hablarle -solo que esta vez en español- pero de él no obtuve más que el



movimiento de una mano a la que poco le importaba mi presencia o ausencia. Asombrado, estuve mirando por minutos enteros la ventana en la rutina inquietante y adictiva del centro internacional, mientras el niño saltaba de una página a otra y yo no sabía qué hacer para que él me notara: para que él descubriera mi importancia solo con oírme hablar: para que el viera mi enorme luz solo con verme ser.

Un poco hipnotizado por cada cosa que sucedía, me retire de la vidriera cuando una voz sintética saludó al niño en inglés y le indicó abrir el libro de texto para continuar con las sumas de tres cifras. Con ímpetu -en un segundo round-, tomé asiento junto a él y con una orden certera – con el grito como estrategia pedagógica, ¡santo cielo! - le indiqué lo que debía hacer pero él, nuevamente, ni se inmutó. Remedando cualquier enfado y hasta con algo de violencia, ensayé varias formas de llamarle la atención, pero nada cambió en él salvo su ceño fruncido que me hizo hacerme a un lado y quedarme varios minutos en retirada: al fin vencido. Mientras las actividades de la clase avanzaban y él seguía perdido en la red sin que ni mi frustración, ni mis súplicas -ni mi humillación- le importasen, una sofocación hizo que me sacara la chaqueta y, con un temblor ligero, terminara por sellar mi rendición por knockout al desarrollar, yo –¡sagrado rostro!-, los ejercicios de la clase, con un miedo terrible no porque alguien me viese sino por el

descubrimiento de haber sido vencido –sin ningún esfuerzo y como ningún maestro o compañero pudo jamás en la universidad- por un niño de tan solo 7 años. Y, aunque una tras otra sucedían las clases –maths, sciences, arts, reading...– nunca nadie vino a tocar la puerta y él y yo logramos, cada uno con su rol, cada uno asumiendo su papel –quien lea esto póngale el nombre que quiera-, salirnos con la nuestra: yo con las papas atragantadas en la garganta y él muy parlanchín en la mesa a la hora del almuerzo. Cómo van esas clases, profesor, me dijo la señora. Muy bien, se adelantó el niño, el profe es muy bueno y, ante mi sorpresa –agradecidamente desconcertado contemplando los edificios inamovibles ante el poderoso embate del viento- leí correctamente la única línea que me tocaba en esta tragicomedia: su hijo es fenomenal –y, con el pájaro azul suicidándose en mi cabeza, fulminé: -es muy inteligente.

Cuando terminaron las clases y antes de decirle a la señora que no podía volver, ella se adelantó y, sin dejarme decir nada –ni aunque lo hubiera intentado, hoy lo sé- me pagó por adelantado el día y todos los demás días exigiéndome -no con su dinero sino con su mirada misericordiosa, con su corazón agradecido por haber bajado de cielos a ayudarle- que me quedara para siempre con ellos.

Durante hora y media caminé sin destino por todo el centro, errando ya no como el lobo solitario y amenazante que describo cuando juego al alter ego ese del Lobo estepario, sino como un perro flacucho y apaleado que, ante cualquier presencia amenazadora, lo único que sabe hacer es correr... hasta que, luego de infinitas vueltas, me topé de golpe con una calle repleta de libros de agache que, cuando me toqué a manos llenas los bolsillos, terminaron por hacerme entender bien que lo que vivía -y vivo- no es del todo una pesadilla. Con Marlowe en pasta dura, con *El burlador de Sevilla* que tanto había buscado, con Heinrich Böll totalmente nuevo y *La playa* mirándome con ojos

tiernos, la realidad se me hizo diferente y –como en aquel cuento hermoso de Ribeyro, bendito sea: él sí- la realidad también se me escapaba por todas las fisuras de mi imaginación y pensaba, consciente no de tener talento sino una –maldita- fama, que algún día sería millonario.

-¿Qué tal te ha ido? -preguntó mi mamá haciendo las veces de la esposa de Matías en el cuento de Ribeyro: -¿Dictaste tu clase? ¿Qué te ha dicho tu alumno?

-¡Magnífico!, -le respondí: -¡Todo ha sido magnífico! ¡Me aplaudieron! Y, al leer los chats de los amigos preguntones, de la gente que se alegra o se entristece con lo que le pasa a uno, repetí hasta el cansancio que, aunque el colegio era muy exigente, yo estaba a la altura: todo muy sencillo: muy sencillo.

“Tres de la mañana. Percibo este segundo, después este otro; hago el balance de cada minuto. ¿A qué viene todo esto? A que he nacido.” dice Cioran y luego añade: “no corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento.”

Y...

Cerrando con Woody Allen sé que “no sólo no hay Dios, sino que ¡intenta conseguir un electricista en un fin de semana!”

Y

Veremos si publico algo o no.

Las chicas del radio

Durante los años 20 y 30 en Estados Unidos, estas trabajadoras eran las encargadas de pintar las esferas de relojes de pulsera usando una pintura que contenía radio (de esta forma los números brillaban en la oscuridad).

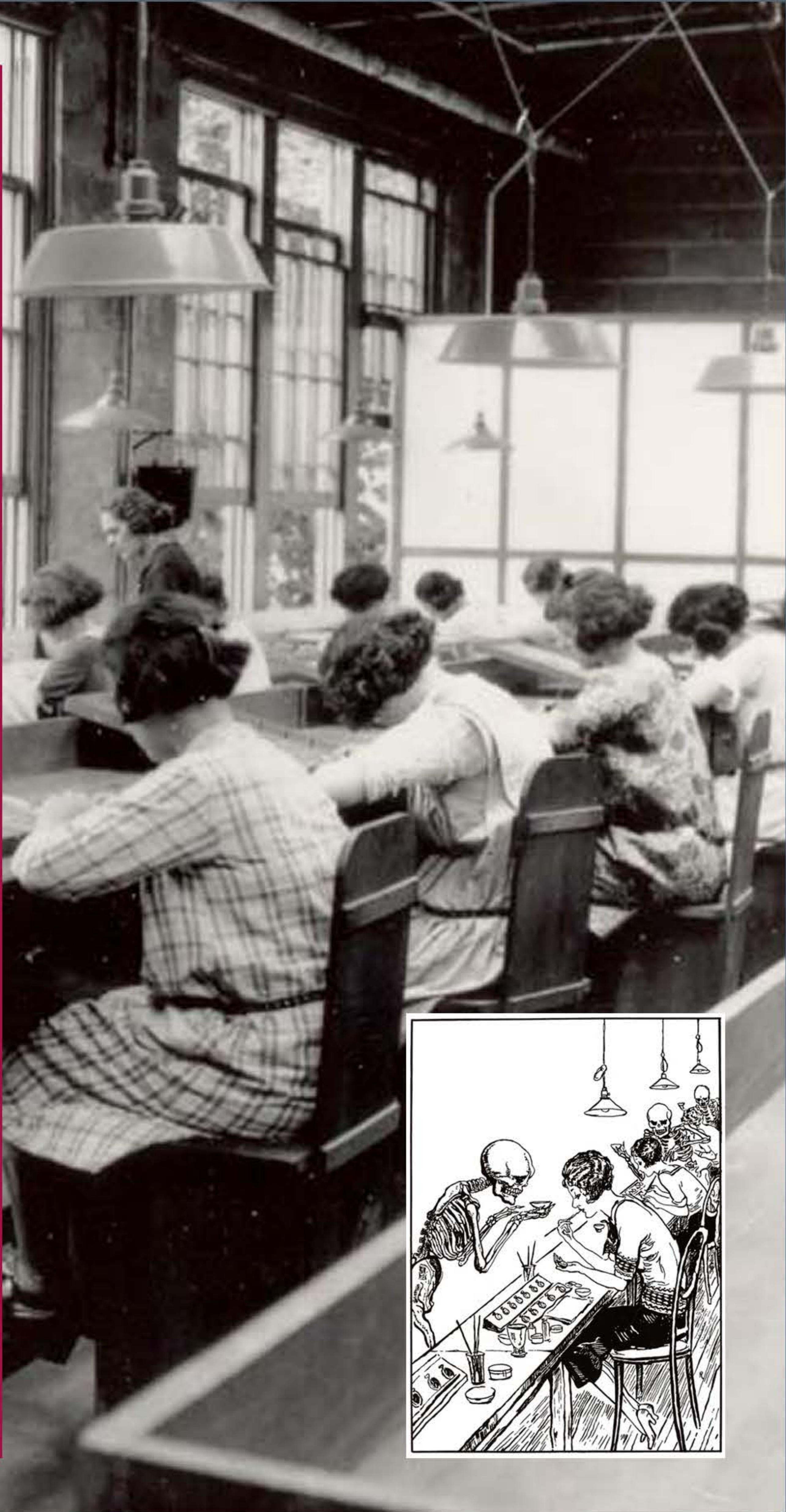
Para cumplir con los estándares de calidad de sus jefes lamían el pincel, de esta manera no se deshilachaba y los números quedaban mejor. Nunca recibieron ninguna advertencia de los riesgos que esto podría tener.

Años más tarde las trabajadoras comenzaron a enfermarse, los síntomas más comunes fueron la caída de sus dientes, pérdida total de los huesos de la mandíbula, sus caderas se bloqueaban y las piernas se hacían más cortas, todo esto provocó la muerte en la mayoría de ellas.

Tras una larga lucha legal contra sus poderosos empleadores lograron demostrar que su trabajo estaba directamente relacionado con su enfermedad.

El caso de las chicas del radio marcó un precedente en la lucha de los trabajadores por sus derechos, sobre todo en lo que a seguridad laboral se refiere.

Fuente: El Español



Nicolás Sebastián Moya



Enloquecer es la solución

Todos los días me imagino con el poder absoluto y qué haría con él. No puedo leer, mirar, escuchar o ver cosas que sean irreales porque me pregunto entrando en ensueños cómo sería si yo pudiera hacer tal cosa. Siempre soy yo el protagonista de aquello, nada de compartir mis logros. Podría beneficiar al alguien con mi poder o hacer la vida de alguien más fácil, especialmente la vida de mis seres más queridos, pero nada de compartir mi ser. Hace poco leí una historia de boxeo y de repente mi rutina de ejercicios tenía jabs y cruzados, camino por ahí con la guardia en alto y veo cómo la mandíbula de mi mamá está descubierta para un knockout fácil. Ya no veo ese deporte como el que golpea más es el que va a ganar.

El problema de soñar de esta manera es que la nostalgia te llena de vacío. ¿Cómo se llena algo de vacío? Simple,

la nostalgia te hace recordar cómo no usaste tu tiempo para ser boxeador. No importa que no hubieras tenido las condiciones físicas, ni que tu coordinación sea un asco, nada de lo lógico importa. La nostalgia siempre va a atacar a ese pequeño rincón de razón que hay en ti, siempre golpeará en donde no te puedes defender, en esa parte blanda donde se concentra la culpa y del dolor grita “¿Por qué no aproveché el tiempo?” Ese constante recordar de qué hubiera pasado si hubiera hecho otro tipo de cosas, ha germinado en la cabeza de cualquier persona en el mundo, eso es claro. Pero, ¿cómo lidiar con la ficción que aparece cuando modificas los acontecimientos de tu pasado? He reconstruido mi vida de mu-

chas formas y en mi crece un deseo de viajar en el tiempo para ver ese posible desenlace distinto en mis historias.

Cada día un espacio temporal diferente, una profesión distinta, diferente tipo de gente me admira por diferentes tipos de cosas. Me he ganado el baloto como mil veces, he salvado a Gaitán, Galán y Garzón, he sometido a Gaitán, Galán y Garzón porque no hicieron nada y la gloria de su muerte se perdió, etc. Y así cada día pasa por encima de mí, solo me queda enloquecer. El problema es que enloquecer no se logra tan fácilmente, es un proceso que implica una rutina de pesados sentimientos, no importa si son buenos o malos. Solo hay que ver a don Alonso Quijano, el amor por las aventuras lo consumió y pudo imprimir en su ser todo lo que leyó de el pasado y lo vivió en su presente sin importar qué, no tengo su misma determinación y me da miedo morir abandonando mi sueño como lo hizo el, pero lo importante es que lo vivió. También viene a mí la vida de Billy Pilgrim. Él al poder ver su vida desde distintos puntos en el tiempo entró en un letargo rutinario donde veía su fin e inicio constantemente. Él hizo contacto con los tralfamadorianos y vio como esta raza no concebía el tiempo de una forma lineal y ellos al igual que Billy podían ver distintos puntos en el tiempo, pero ellos conocían el fin del universo y seguían viviendo igual, sin afanes. Solo los humanos dejamos que nos consuma el tiempo.

Tanto a Alonso como a Billy la rutina los enloqueció, pero insisto que los dos pasaron por una vida de personas únicas, de esas que las rutinas los lleva más allá de la muerte del espíritu. Mientras tanto yo sigo con mis

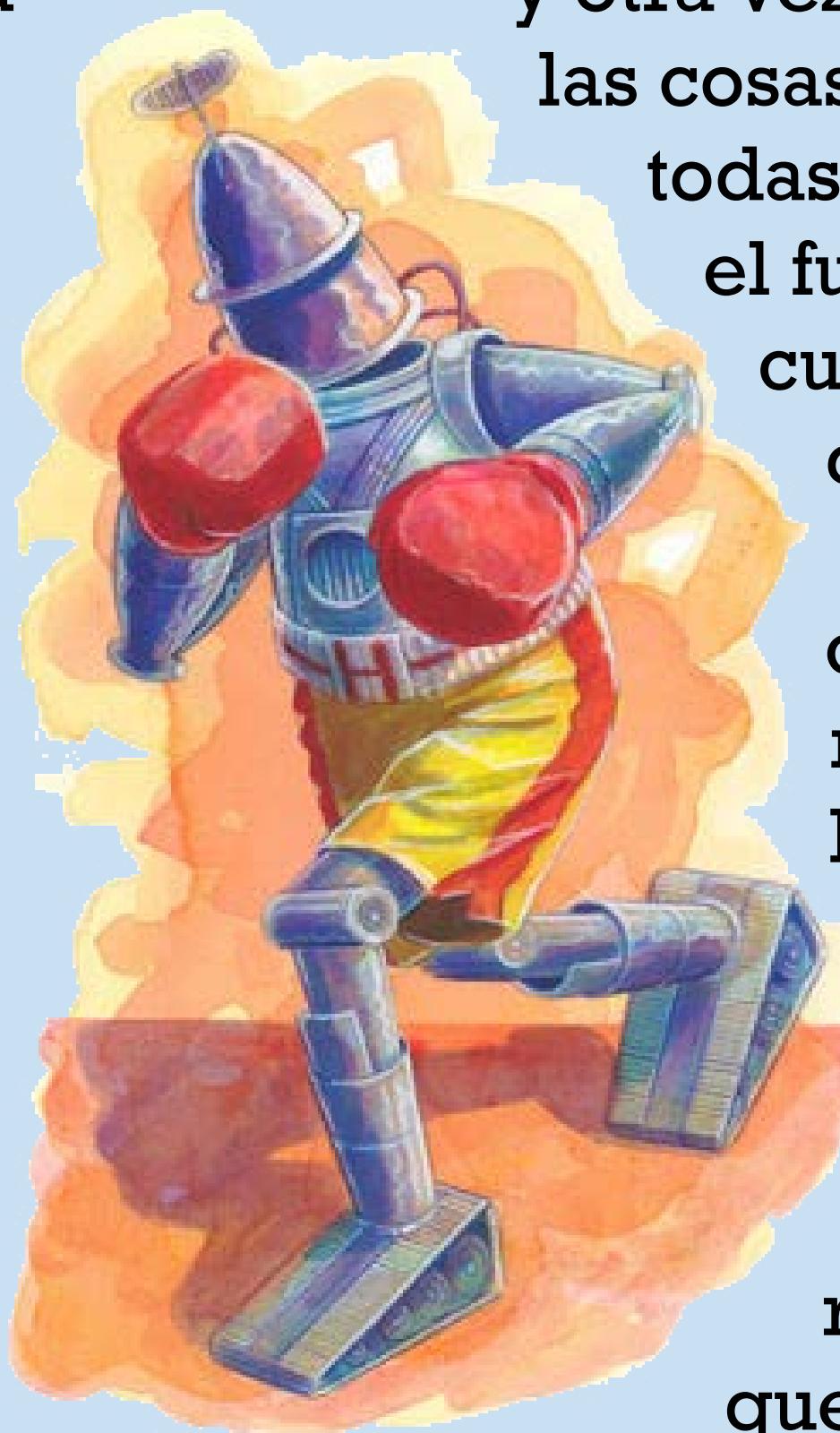


ensoñaciones, con un buen trabajo de pies, pero hundido en la laguna de lo onírico. Ahora, ¿Cómo voy a decir que la rutina es mala si mis referentes que se sumergieron en ella vivieron a lo grande? La rutina es inevitable, de hecho, es parte importante del mundo. Cada profesión que hace mover la vida en esta tierra tiene rutinas definidas. Desde el panadero hasta el explorador más milenario que vive de internet, nadie puede escapar de ella. Siento que la rutina es necesaria como cualquier otro mal de la vida. Ser inconsciente o libre de ella crea seres ajenos a su entorno, conocerla, pero no vivirla hace seres alejados de su contexto donde criticar es muy fácil, los seres que la viven, pero no pueden librarse de ella se vuelven miserables y los que la superan o pueden vivir a su lado son sabios, uno de los tantos ciclos de la vida.

Esto suponiendo que la rutina vivida sea mala. He escuchado de gente que se cansa de repetir las cosas buenas, yo no hago parte de ese grupo y eso me aterra. Cuando la nostalgia me ataca no solo se encarga de recordarme de lo que pude ser, sino, también me recuerda esos días en que tenía unas rutinas maravillosas. Ir al colegio todos los días las mismas 6 horas, Almorzar y salir. Todos los miércoles fútbol por la tarde y todos los viernes microfútbol. El resto de las tardes jugar videojuegos con mis amigos, repitiendo una y otra vez el mismo juego para ver quién era mejor. Veía las mismas caras una y otra vez, con las cuales compartía el tiempo recostados sobre un pastizal solo hablando de bobadas las cuales también repetíamos mucho. Entonces el tiempo me consumió y la vida cambió, lentamente vi morir mi entorno y ese pequeño mundo de rutinas maravillosas fue heredado por

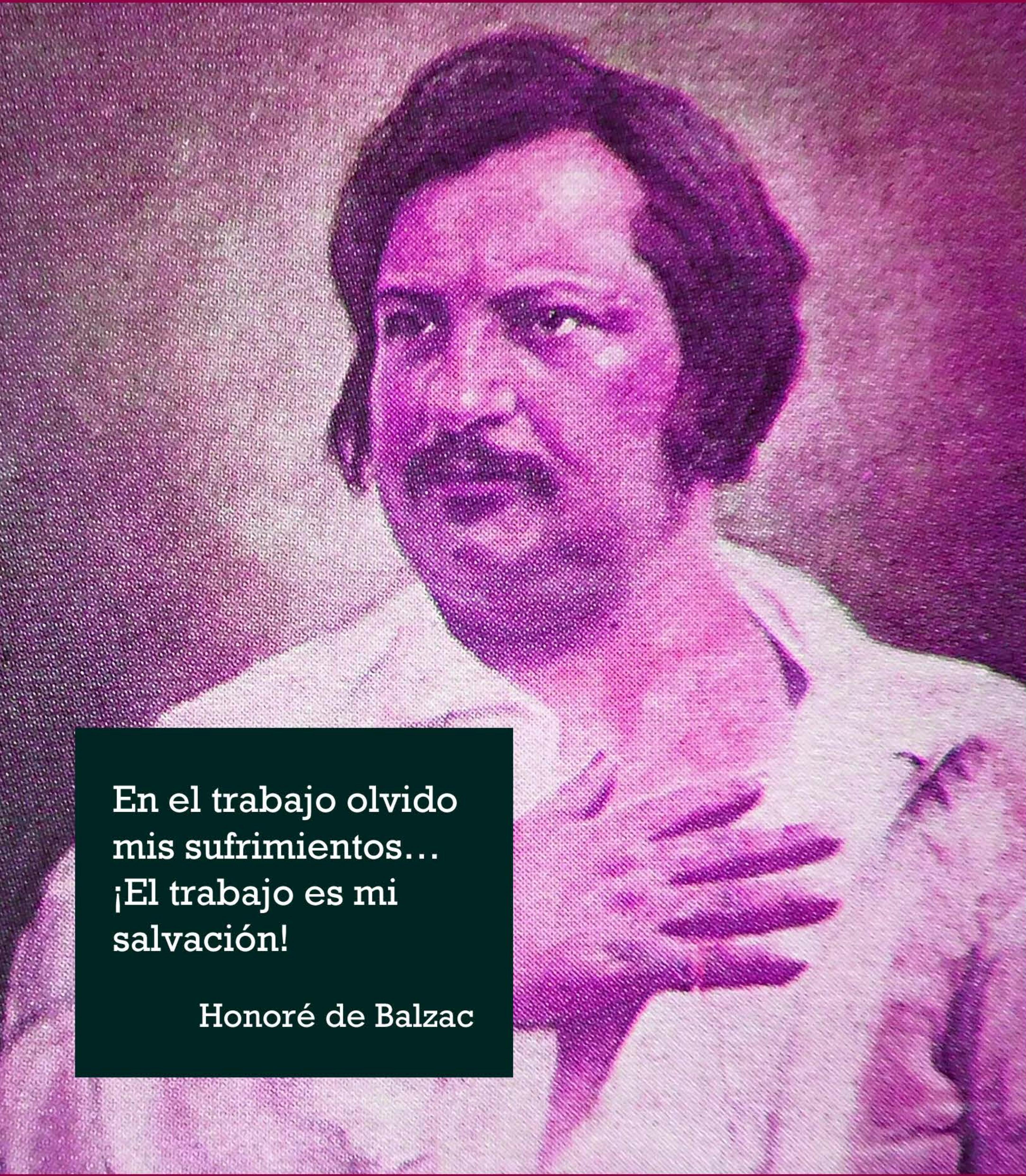
alguien más y peor aún con el tiempo mis lindas costumbres murieron con la tecnología.

No voy a decir que todas las rutinas son una maravilla, la mía, la de soñar por todo tiene sus altos y bajos. Pero las rutinas impuestas por otros son las más peligrosas. Esa cosa llamada "trabajo" consume a un ser humano en beneficio de otro y cuando el individuo se engaña y dice que es en beneficio propio, se consume más rápido con la ilusión de alcanzar metas monetarias que provienen de la miseria del lugar de nacimiento y no de un sentimiento de felicidad. Pero algunos de ustedes apreciados lectores me dirán: Señor, gran escritor titular de la revista Oopart y campeón de los pesos super pluma, yo Fulanito, disfruto mi trabajo y la casa que quiero comprar siempre ha sido mi sueño. A lo que yo le respondería: Gracias querido lector, pero olvidaste decir que conquisté tres categorías de peso y he defendido mi título tres veces seguidas, además, con respecto a la aclaración que me haces, te preguntaría a ti y a todos los lectores ¿Disfrutas lo que haces? ¿Sientes que eres algo más que una pieza de una maquinaria? ¿Puedes avanzar y no te tienen en un puesto donde haces lo mismo todos los días? Si me respondes que sí, querido amigo no estás trabajando, no estás cambiando esfuerzo por dinero, no le estás regalando la vida a otra persona a cambio de papeles que cambian de valor según un mercado al que casi o nada pertenecemos. Ya teniendo eso claro compra las casas que quieras que ya estás viviendo un sueño. Lo aterrador es la gente que queda atrapada en este mundo, 8 horas todos los días muriendo y el poco tiempo libre que queda solo sirve para descansar.



Volviendo a los personajes únicos, Don Alonso se enfrenta a la tragedia de su época. La decadencia de valores y la tristeza de toda una tierra lo invitan a dejar su rutina para salir a vivir, vivir en honor de lo que ya no es, en desprecio a lo nuevo por degenerado y absurdo, es más coherente un molino como gigante que una nación que se cree gigante. Por el lado de Billy, la tragedia de Dresde es el punto central de su vida, en sí no vive una rutina, pero observa su vida de forma rutinaria, la examina y revive una y otra vez. Se da cuenta de la persona que es, de las cosas que no quiso hacer pero que hizo de todas formas para un supuesto bien que en el futuro se vería recompensado, pero se da cuenta que no quedó nada de él después de Dresde, el matadero donde vivió como prisionero de guerra lo definió como ser humano hasta la muerte, o mejor dicho su nueva vida de locura. Los desastres definieron su locura, y la locura lo sacó de la rutina.

En mi retiro, luego de la demencia pugilística causada por la repetida rutina de golpes en mi cabeza, siento que no pase por la locura, sino que ya nací loco y nacer fue esa gran tragedia que me sacó de la rutina. Los médicos dicen que es una cosa llamada déficit de atención y yo lo llamo aburrimiento. Al parecer rutinas tuve muchas, pero nunca las noté como tal y vivir en ensueños eran las alucinaciones que me perseguían, pero no me quitaban las ganas de golpear directo al hígado y hacer temblar las piernas del oponente. Todo me lo gané con estos puños, otros días me lo gané con estas piernas, casi nunca me gané nada estando sentado y eso que un día fui escritor.

A portrait of the French novelist Honoré de Balzac, shown from the chest up. He has dark hair and is wearing a white cravat and a dark jacket over a light-colored shirt. The background is a mottled grey.

**En el trabajo olvido
mis sufrimientos...
¡El trabajo es mi
salvación!**

Honoré de Balzac



La impotencia reflejada en la ternura

Nicolás Sebastián Moya

En Japón, la empresa reina del Kawaii (forma en la que se le dicen a los personajes excesivamente tiernos y pequeños) es Sanrio, la famosa creadora de Hello kitty. Esta empresa se ha ganado el reconocimiento mundial con la mercancía basada en sus personajes, donde siempre se quiere mostrar una imagen tierna y suave con respecto a los sentimientos que quiere reflejar a su comunidad de fans. Aparte de Hello Kitty, Sanrio tiene un arsenal de personajes tiernos con diferentes personalidades y formas de animales. Por ejemplo, tenemos: Keroppi el sapo, Chococat el gato negro, Pochacco el perro y demás animales que sacan un *awwww* de la boca de los niños y niñas para generar ganancias.

A mediados de los años 90, todas las empresas jugueteras empezaron a experimentar con personajes más rudos y que se identificaran con actitudes “malas” porque se generó una nueva empatía con los personajes antiheroicos y villanos de la época. La apuesta de Sanrio fue el pingüino Badtemaru y la coneja Kuromi. Estos personajes no fueron más allá de un par de pequeños niños haciendo travesuras poniendo cara de maldad, algo respetable ya que la demografía a la que están

dirigidos sus productos no permite mucho riesgo en los cambios de la mercancía. Ahora, en los tiempos que corren, los cambios son más flexibles y la comedia se da en ámbitos distintos a las aventuras mágicas y amigables de las series del pasado. Aunque hoy en día todo puede ser ofensivo, también todo puede ser criticado (cosas raras de los años recientes).

Para el año 2016 Sanrio introdujo un nuevo personaje. Una panda roja de 25 años, soltera, de sangre tipo A y de signo escorpio, la cual trabaja en el departamento de contabilidad de una compañía japonesa. Aparte de esta personalidad definida también se le dio un trasfondo donde ella sale de su graduación creyendo que va a ser una empresaria exitosa solo por el hecho de terminar la universidad. Todo lo contrario, a lo que se encontró en la vida laboral. Esta panda llamada Retsuko es una trabajadora explotada que solo encuentra paz y una forma de desahogarse cantando en un karaoke canciones de death metal. Sanrio se animó a hacer una serie de cortos animados con Retsuko, aún sabiendo que no era su fuerte ya que siempre había experimentado con sus personajes en el mundo animado y no había logrado nada importante para

sus números. La sorpresa es que estos cortos fueron un éxito al punto que Netflix se ofreció a hacer una serie de anime con la historia de la panda roja. Creada y escrita por Rareko un famoso animador en flash, fue puesta en el aire el 2016 Aggretsuko el anime que protagoniza la panda roja. Al día de hoy cuenta con tres temporadas, donde se cuenta como Retsuko tiene que lidiar, desde su posición de mujer, con el contacto humano que puede encontrar en su entorno laboral. Ella lleva trabajando 5 años en la misma empresa donde empieza a fantasear con ideas tontas que podrían sacarla de su rutina diaria. Teniendo un magnífico desarrollo de personajes podemos ver una serie de estereotipos que se dan en la vida del oficinista y el trabajador



joven. Tenemos al jefe que es representado por un cerdo, él es maltratador y sexista. Se aprovecha de su autoridad para manejar a los empleados y despreciar a las mujeres que trabajan para él. Aunque también puede tener momentos de sabiduría que lo humanizan y no lo dejan metido solo en el papel de estereotipo.

En el elenco también están Fenneko y Haida, que cumplen el rol de mejores amigos de Retsuko pero son más que eso, Fenneko es una sociópata que de acuerdo a la época, prefiere analizar a la gente a través de las redes sociales y juzgarlas por lo que pueden publicar en lugar de conocerlas en persona. Y Haida es un hombre que se siente patético ante el entorno que le tocó vivir y prefiere huir de sus problemas.

También están las señoritas Gori y Washimi que pretenden ser las guías de Retsuko en el mundo laboral, pero en lugar de tener el papel de las sabias maestras espirituales, le muestran a Retsuko cómo se debe manejar el mundo laboral siendo mujeres y admiten que necesitan arreglarse demasiado y verse superiores a los demás para que las tomen en serio.

Así mismo, están Tsunada que es la típica persona que quiere ascender con coqueteos al jefe y Koyima que es el adulador del jefe porque tiene miedo de perder su empleo. Y con esta información podemos confirmar que Aggretsuko es una comedia de oficina, pero diferente a las comedias americanas donde se burlan de los personajes por su estereotipo y su situación, esta es una comedia inteligente y con mucho corazón. Su intención es reflejar la realidad laboral que se vive en Japón y en mi opinión también se vive en muchas empresas colombianas, esto dándole un toque de color para ofrecer una solución al caos al que se enfrentan los personajes. Esta realidad es una que especialmente le toca vivir a los trabajadores jóvenes que son bombardeados con promesas a futuro y son presionados con la idea de no desperdiciar el

tiempo que tienen.

Ahora, Teniendo un personaje como Retsuko que siente que la vida se le escapa; que quiere renunciar porque odia su trabajo pero no puede porque tiene gastos mensuales que debe cubrir; que no toma riesgos en lo que le gusta porque se puede desestabilizar el poco de vida que ya maneja; que quiere defenderse de los abusos en su trabajo pero no lo hace y además lleva 5 años aguantando para que no vean lo vulnerable que es; que quiere tener amigos, vida social y una pareja, pero ella misma se encarga de alejar a las personas porque vive con el miedo de que la rechacen o la explotan. Ella es una muestra de varios de los vicios a los que se entregan los jóvenes que empiezan su vida laboral y poder ser exitosos. Retsuko, también nos muestra su mecanismo de defensa que es disimular tratando de engañarse a ella misma para poder complacer a los demás, cosa que también sufren los trabajadores, sobre todo los que hacen parte de una empresa estructurada por niveles de mando.

En este momento es cuando entra en acción el Death Metal, que es la forma en la que Retsuko lida con el odio, el estrés y la frustración de sus días. Librará con lo gritos y sonidos estridentes del Metal toda la mala energía que ha acumulado durante el día, no solo son gritos, sino romper cosas y cabcear de manera violenta lo que refleja cómo expulsa todo su estrés de cada parte de su cuerpo. Esta es la forma en la que lo hace Retsuko, pero estoy seguro

que cada uno de nosotros tenemos una manera de liberar estrés y creo que es algo que tenemos en común todos los seres humanos.

Solo me queda por mencionar que la serie maneja una estética muy bien definida que se adecúa a los sentimientos de la escena a representar, lo que le da dinamismo y soltura a la forma de narrar los hechos acontecidos, aunque por ser una animación en flash se ve limitada en las expresiones faciales lo que desentona un poco, pero nada que no se pueda dejar pasar.

Aggretsuko no es una serie para todo el mundo, pero si tienes una afinidad con los problemas de la rutina laboral o incluso si puedes tener empatía con alguien que lo da todo por un trabajo que no le devuelve nada, es la serie para ti y la vas a disfrutar mucho.





El trabajo endulza
siempre la vida,
pero los dulces no
le gustan a todo el
mundo.

Victor Hugo

Una pesadilla colombiana de la que queremos despertar

Majo Gómez



SPÖ aber setzten einen Quartal so wie seit 2001 nicht generell Frühjahr stieg die Wirtschaft gemessen am Brutto-Produkt (BIP) um 1,2 Prozent. Das Wachstum ist vergleichbar zum vorherigen Jahr. Die Markenzenierungsumen in anderen Branchen ist sehr neu. Im Herbst 2009 eröffnete die Voestalpine ihre ständige und aufwendige Stahlwelt. Warum? Unter anderem, weil man sich jungen Leuten in der Region als Arbeitgeber präsentieren wollte. Sagt Stefan Christof Haas: „Um weiter an Arbeitsmärkten zu bestehen, wenngleich es bedenken gibt, so gar nicht streifen zu müssen.“ Aber wer hatte dafür bei einem gut läuft, dann in sollte der anderen einem Zebrastreifen. Daher begann man, wie reits damals war diese Regelungen den Verkehrsfluss aufrechter zu erhalten. Die Sicherheit des Fußgängers sich wieder einmal nicht durchsetzen. Die Zebrastreifen nutzten wenig bis erstmal verfahren. Am Klavier von Zebra für alle. Ein Zebrastreifen ist eine Maxime ausgegeben. Besten verfahren. Auch dank gestalten. Auch dank einer gemeinsamen Minnerhalb der EU. Besonders Freude des Jubelnden Publikums, denn Buchbinder ist am Klavier einfach sowie der Strafzustellung beginnen werden. Denn genau in einem Bereich gebe es noch Defizite, die nicht rechtlich

Era una mañana del mes de septiembre cuando me desperté y quise ir a tomarme el café matutino, mientras lo hice leí noticias y entendí que despertar en Colombia e informarse es enfrentarse a una pesadilla constante, el pago que tenemos que pagar al querer estar bien informados solo lo entendemos los masoquistas que tenemos redes sociales, pues para poder ver de una manera más cruel y real la situación del país nos toca desde ahí, y no desde los noticieros como se debería porque el periodismo en su gran mayoría está diseñado para desinformar, siempre se empeñan en maquillar con descaro la realidad caótica que tenemos que enfrentar día a día. Si algo he aprendido es que vivir aquí es sentir una desilusión constante, es aprender a coexistir con un dolor de patria metido en el pecho.

En este mes nos hicieron temblar de miedo, de tristeza, de rabia y de impotencia, somos hijos de un país soberano con un gobierno enajenado que nos hace sentir solos y vulnerables, cómo será de terrible el trabajo que hacen que hasta ayudaron a que el virus



mortal no fuera el COVID, lograron que una pandemia fuera un problema secundario, así es como podríamos decirle al mundo que el virus mortal en Colombia no se llama Coronavirus sino Centro Democrático, Uribismo, Policía Nacional y Matarife, nuestro eterno presidente asesino, villano y cómplice de toda la sangre que se ha derramado en los últimos años, pero no aprendemos, seguimos eligiendo los mismos corruptos, seguimos dejando que hagan de nuestros derechos una ilusión, permitimos que pusieran en el poder a un presidente que no puede ser más inservible y bruto que Iván Duque, un man que la emborra y parece que se siente orgulloso de ser tan inepto, lo peor de todo es que nunca es suficiente para él, siempre quiere esforzarse por quedar peor.

Por ejemplo: ¿Cómo es posible que después de un asesinato como el de Javier Ordóñez, a quien unos policías lo agredieron con pistolas tipo taser mientras él suplicaba que no lo torturaran más y después de toda la represión y violencia que se vivió por culpa del ESMAD y demás representantes de la policía nacional, este señor que se hace pasar como presidente salga disfrazado de policía, mostrando apoyo hacia ellos y no hacia las víctimas? ¿Cómo es posible

que no sea capaz de pedir perdón, de mostrar una luz, de dar una voz de aliento a los familiares de todos los asesinados que hubo?

Esto es imperdonable, así se demuestra la indolencia de este gobierno homicida, pues el Ministro de Defensa (Carlos Holmes Trujillo) tampoco ha sido capaz de dar la cara como debería, ni de pedir disculpas, ni de renunciar al cargo que claramente le quedó grande enfrentar, así como lo dice la hermana de Dylan Cruz, (estudiante asesinado en el Paro Nacional del año 2019). “Usted intenta extender las disculpas que, de manera limitada, asumió la Policía por el asesinato de Javier Ordóñez, pero pretende que entendamos que todas esas disculpas cubran todos los errores de la Policía cometidos desde su creación”. Ella con estas palabras demuestra la indignación que sentimos todos al ver la ineptitud y mediocridad que demuestra él en su cargo.

Es terrible entender que nos siguen matando, nos siguen quitando la oportunidad de tener una vida digna, nos siguen amenazando, asustando, intimidando y nadie de los que deberían estar tomando medidas lo hacen de una manera real y contundente. Esto se puede entender también con el asesinato ocurrido el día 24 de septiembre en horas de la mañana cuando se dio a conocer el caso de una mujer perteneciente a la comunidad LGTIQ llamada Juliana Giraldo Díaz, quien a sus 35 años fue asesinada por un soldado con un disparo. Y así se puede ver que el panorama es aterrador y doloroso, saber que lo que pasó con Javier, Dylan y Juliana son tres casos de miles nos deja adoloridos.

Es un hecho, en Colombia estamos tan mal que condenamos a los inocentes y alabamos y defendemos a los culpables desde la ignorancia.

Así es el orden, al revés, la coherencia incoherente de mi bello y maltratado país, no me crucifiquen por meterlos en estas decisiones desde la pluralidad, pero creo que es el precio que tenemos que pagar por no incentivar a las personas que sabemos que están metidas en un mundo paralelo donde creen que la derecha es el futuro, una derecha que ha sido cómplice en el asesinato de más de 120 líderes sociales en los últimos 3 meses, una derecha que sigue matando a inocentes por el simple hecho de ayudar a crear un mejor país, así como pasó con Jaime Garzón, y así como seguirá pasando si no hacemos algo en conjunto como el pueblo unido que tanto merecemos y soñamos, una derecha que condena y censura a periodistas como Gonzalo Guillén pero venera a una Vicky Dávila no es lo que necesitamos.

Hay días en los que me pregunto: ¿Cuándo será el día en el que podremos ver toda la violencia desde un mal recuerdo? ¿Cuándo será que podremos hablar de esto como aspectos que quedarán postergados en la historia de Colombia? ¿Cuándo nos uniremos y venceremos el cáncer político de este país?

Solo nos queda pensar desde la ilusión que nos dio Jaime Garzón cuando dijo:

“Yo creo en la vida, creo en los demás, creo que este cuento hay que lucharlo por la gente, creo en un país en paz, creo en la democracia, creo que lo pasa es que estamos en malas manos, creo que esto tiene salvación.”





Un síntoma de que te acercas a una crisis nerviosa es creer que tu trabajo es tremadamente importante.

Bertrand Russell



Lina Paola Moreno

El trabajo soñado no es para todos.

Vivimos para trabajar y trabajamos para vivir, dejando de lado los sueños de niños en los que éramos felices, haciendo lo que nos gustaba.

El deporte no solo atrae las miradas de espectadores, seguidores y deportistas. Para nadie es un secreto que este mundo lleno de espectáculo, emoción y fracasos está en la órbita de empresarios, multinacionales y medios de comunicación.

En el deporte no son solo goles, golpes, puntos y campeones, también son deportistas que luchan a diario por conseguir una oportunidad de llegar a la cúspide en la que se enfrentan con un mundo lleno de dinero y poder, no importa quién esté detrás de todo, siempre hay una recompensa, pero no para todos.

Un campeón puede ganarse millones de dólares, pero ¿cuánto puede ganar alguien que no pasó la ronda preliminar de un torneo de tenis o de golf? La respuesta es sencilla, nada. Solo se gana el haber podido estar en la competencia. Aunque también es claro que esos

mismos deportistas en ocasiones cuentan con ayudas de los gobiernos de sus países y si son competidores que tuvieron la suerte de encontrar algún patrocinio o ser parte como embajadores de alguna marca reconocida, pueden tener una entrada de dinero.

Ser un deportista de alta competencia no es fácil y no lo será, pues no todos tienen la misma posibilidad de entrenar en el mejor campo o gimnasio, de tener al mejor entrenador y mucho menos de contar con los implementos necesarios para llevar a cabo la disciplina de su interés.

En la actualidad, el deporte es uno de los negocios más rentables y más con jugadores que superan un valor de hasta 700 millones de euros. Como el caso de Lionel Andrés Messi y su cláusula de permanencia en el Barcelona F.C, o qué decir de las cifras que se manejan con tenistas como Roger Federer, el mejor de todos los tiempos que a pesar de su edad sigue siendo uno de los deportistas mejor pagos del mundo.

Uno de los países que más mueve dinero es Estados Unidos en el béisbol, las cifras allí son de

otro mundo, ya que los beisbolistas están dentro del ranking de las celebridades mejores pagas y con sueldos que podrían curar el hambre en una región de cualquier país.

Es claro que el dinero que mueve el deporte es tanto que las campañas publicitarias hacen su trabajo para que esto suceda. Y es que un deportista como Cristiano Ronaldo, no solo ganan un sueldo como jugador, además, cuentan con una “renta” adicional por sus contratos al ser la imagen publicitaria de marcas de ropa, perfumes y hasta de champú. Y así podemos ver casos como los de James Rodríguez o Falcao García. Y sí, ¿por qué se habla de futbolistas en la gran mayoría? La razón es que el fútbol es uno de los negocios más rentables para los empresarios que buscan en equipos o jugadores invertir su fortuna y aumentarla.

Pero así, también nos queda ver los inconvenientes que deben sobrellevar los deportistas de otras disciplinas, por ejemplo, nuestra campeona de Atletismo, Caterine Ibargüen, siendo enfermera de profesión, tuvo que combinar esta con su sueño de ser una de las mejores atletas del país y del mundo.

Pero no todos corren con la misma suerte, algunos de los ciclistas que apenas inician deben luchar por una oportunidad y que alguien pueda observar su talento y así empezar a correr al menos una competición local y aspirar a llegar a un equipo internacional. Allí el valor que tienen deportistas como Nairo y Dayer Quintana, Rigoberto Uran, Daniel Martínez, Winner Anaconda, Miguel Ángel López, Esteban Chávez y nuestro campeón Egan Bernal, entre otros que ahí en silencio trabajan a diario.

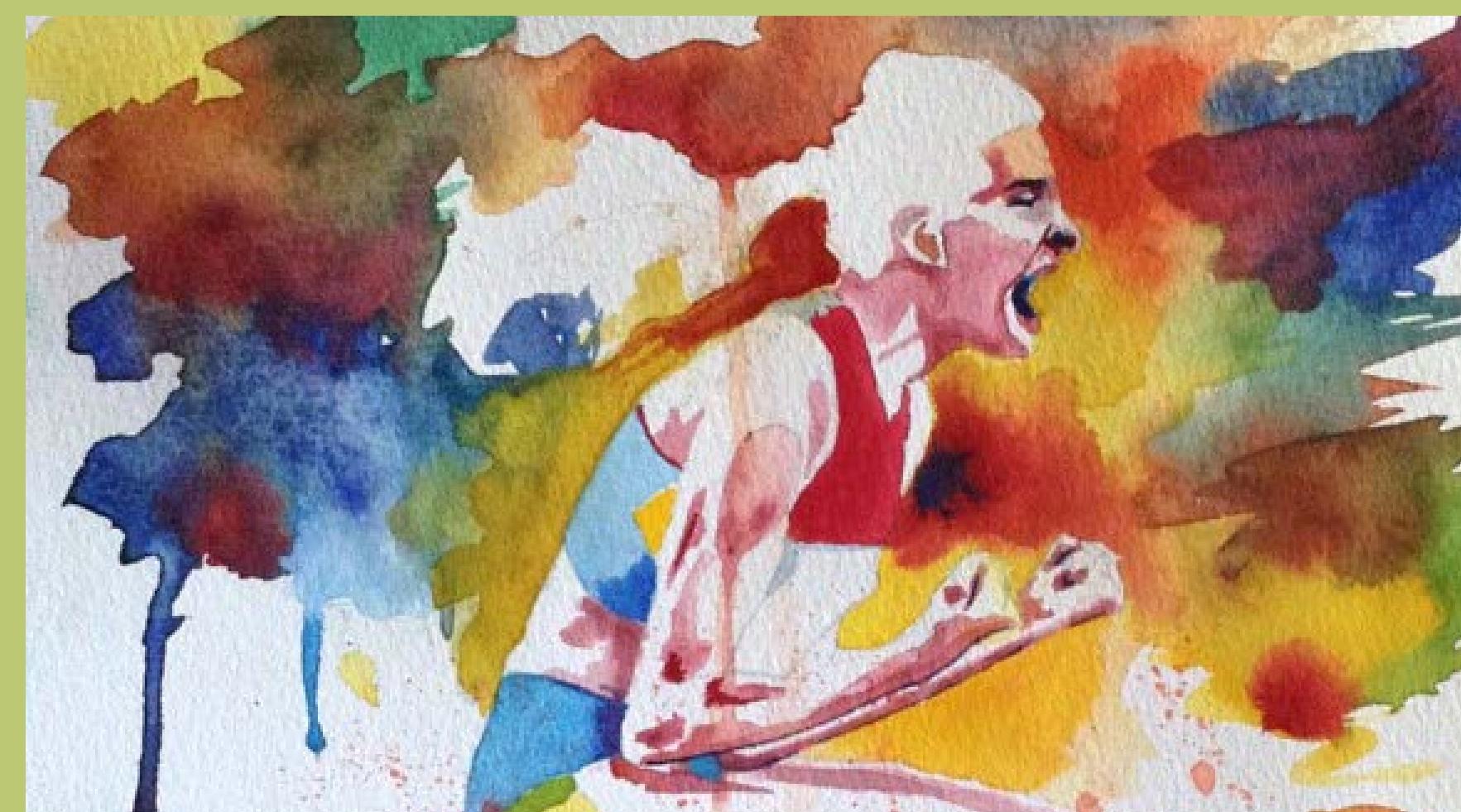


Así que no todos reciben lo mismo a pesar de ser figuras televisivas, radiales y en esta época digitales, la profesión de deportista no “llena” de dinero a todos, solo a unos pocos que son figuras, por sus triunfos o por ser un titular en la prensa.

Para algunos de ellos es un trabajo no pago y al igual que la gente de a pie, se rebuscan subsistir para tener un seguro médico o soñar con una pensión que les permita tener la posibilidad de estar tranquilos sus últimos años de vida.

Porque es claro, que muchos de nuestros deportistas del pasado, por más que quisieron hacer alcanzar sus ahorros, hoy algunos piden limosnas para poder comer. Mientras otros, viven de sus negocios o lastimosamente murieron en un entorno de olvido, a pesar de que un día fueron figuras y leyendas del deporte nacional o internacional de sus respectivos países.

Quizá estas últimas palabras puedan llevarlo a la reflexión o a una simple comparación, porque usted como profesional ha dedicado su vida para poder conseguir un trabajo estable, que le permita tener un sueldo fijo, que en el mejor de los casos compensa un poco de sus esfuerzos económicos en la academia. Y si está de buenas, poder tener un ambiente laboral, que le regale tranquilidad y alegría para poder decir “hago lo que amo” y claramente, seguir buscando esa famosa pensión.



Revista
Oopart.



2020

www.revistaoopart.com